Se aproximaba el término del viaje; poco distaba la noble, la generosa, la afortunada ciudad que debía ser fecundada por los sudores de tan sublime apóstol, de tan grande héroe, de tan ínclito mártir.

CAPÍTULO VII

San Pedro llega á Cartagena. — Va á Bogotá. — Es enviado á Tunja y de nuevo á Cartagena. — Descripción de esta ciudad. — Los esclavos.

1. *In Neogranatense Australis Americæ regnum, moderatorum justu, transmissus... sacrarum disciplinarum cursum in urbe Sanctæ Fidei Bogotensi confecit. Inde Carthaginem ad oram maris Atlantici missus, in illo emporio rudibus et barbaris hominibus ex Africa adductis et per vim de libertate in servitutem dejectis, se omnesque vitæ suæ rationes, interposita etiam sacramenti fide plane devovit.* (Brev.)

Fué enviado al reino de Nueva Granada, en la América del Sur, concluyó sus estudios eclesiásticos en Santa Fe de Bogotá. Después fué enviado á Cartagena, situada en la orilla del Atlántico. En aquel emporio consagró enteramente su vida, obligándose hasta con juramento al servicio de Dios.

2. *Et vos, domini, eadem facite illis, remittentes minas, scientes quia illorum et vester Dominus est in cœlis et personarum acceptio non est apud eum.*

(S. Paul. ad Eph., c. VI, v. 9.)

Y vosotros, ¡oh amos! haced con vuestros siervos estas mismas cosas, abandonando las amenazas, ya que sabéis que el verdadero señor de ellos, que es el mismo vuestro, está en los Cielos, y que para él no hay distinción de personas.

El buque que llevaba al Santo estaba ya enfrente de Cartagena. Lindo es el panorama que esta ciudad presenta á los ojos de los viajeros. Sus fuertes murallas, sus elevadas torres, sus majestuosos edificios, le dan un bello aspecto y recrean la vista de los que la contemplan desde el mar.

Todos la saludaron á bordo con actos de júbilo, pero particularmente se vió resplandecer una alegría insólita en el rostro de nuestro santo joven. ¡Ah! ¡Pedro se regocijaba al ver que tenía muy cerca un vasto campo de fatigas y de dolores, se entusiasmaba sabiendo que allí había miles y miles de almas que convertir y santificar!

Apenas saltó á tierra se postró, besó aquel suelo que debía bañar tantas veces con sus sudores, y derramando lágrimas de consuelo exclamó: «Dios mío, ¡cuánta bondad habéis tenido con vuestro indigno siervo! ¡Me habéis llevado al lugar suspirado por tantos años! Alabado sea vuestro nombre; mil gracias os doy por tan insigne beneficio; pero cumplid ahora vuestra obra, dándome fuerzas para corresponder á vuestra gracia y consagrarme exclusivamente á vuestro servicio. La mayor gloria vuestra y el bien espiritual de las almas son los anhelos de mi corazón. Estoy dispuesto á todo sacrificio, pero me siento débil, las fuerzas me faltan; necesito vuestro auxilio, que invoco humildemente.»

Después de esta corta oración se dirigió al convento de los jesuítas, donde fué recibido con gran fiesta. Todos los buenos padres lo rodearon con cortesía, lo trataron con benevolencia y le dieron mil pruebas de sincero afecto.

Tales manifestaciones de religiosa caridad y de tierno amor con que fué acogido en la casa de Cartagena, lo ligaron más estrechamente á la Compañía y le hicieron más grata su vocación, conociendo el admirable espíritu del instituto, que á pesar de tanta distancia de lugares y diversidad de países, los unía á todos como hermanos.

Pero todavía no había llegado para el Santo la hora de comenzar sus trabajos en Cartagena; debía prepararse con algunas pruebas antes de consagrarse al sublime y largo apostolado que tantas coronas le mereció para el Cielo. En

efecto, á los pocos días de haber llegado recibió la orden de salir para *Santa Fe de Bogotá*, capital de la provincia, á fin de continuar allá sus estudios de teología.

Si hoy el viaje de Cartagena á Bogotá es relativamente cómodo y rápido, no era lo mismo en aquellos tiempos. Aquél era un viaje penosísimo y muy peligroso, especialmente para un extranjero recién llegado al país, ora por la inclemencia del clima, ora por los numerosos insectos cuyas picaduras molestan excesivamente, ora por los miasmas deletéreos del río Magdalena. Cuatro ó cinco meses se emplcaban para ir de esta ciudad á la capital. Los vehículos más cómodos para subir el río, eran ciertas embarcaciones llamadas *champanes*.

El *champán* tenía la forma de una canoa bastante larga y ancha. Estaba cubierto con una tolda de paja que protegía á los viajeros del sol y de la lluvia. Los conductores de la embarcación la dirigían desde arriba de la tolda. Se llamaban *bogas*, nombre que han conservado hasta hoy los tripulantes de embarcaciones. Cuando se viajaba según la corriente, el trabajo de los *bogas* no era gran cosa, pero cuando se trataba de subir el río, y había necesidad de vencer la corriente, entonces el trabajo era extraordinariamente pesado, pues se veían obligados á superar la fuerza del agua, empujando para adelante con largas palancas la embarcación. Fácilmente se comprende que así no podían ser expeditas las comunicaciones, ni agradables los viajes.

Los pasajeros tenían que soportar un calor abrasador y una sofocación insufrible, especialmente desde el medio día hasta poco antes de ponerse el sol. Algunas veces, no pudiendo los mismos bogas resistir á la fatiga, tenían que pararse para descansar unas horas.

Jamás pronunció el joven Claver una sola palabra de queja durante tan largo y trabajoso camino. Soportó todos

aquellos inconvenientes con la paciencia y resignación de un santo. Los que lo acompañaban aseguraron, después, que siempre alegre animaba á los compañeros á dar gracias á Dios por la bella ocasión que se les había ofrecido de sufrir algo por su amor.

Los negros que encontraba en el camino eran el objeto de sus cuidados. Todas las veces que se quedaban en algún pueblecito, iba á buscarlos, los reunía y suplicaba á un padre que les explicara la doctrina cristiana, pues él se creía indigno de evangelizar á esos pobres esclavos, antes de haber recibido tal misión de sus superiores.

Por fin llegó Pedro á Santa Fe de Bogotá. El colegio que la Compañía había establecido en esa capital, no estaba todavía bien montado. El personal era muy reducido, las rentas eran escasas, por consiguiente no se habían podido abrir las clases de teología, como se había pensado. Se empleó entonces el Santo en todos los oficios de hermano coadjutor. Con el mayor empeño se consagró al servicio de los demás padres, como el último criado. Cocinaba, barría, mantenía el aseo en la casa, asistía á los enfermos, atendía á la despensa y hacía también las veces de portero.

Pero su humildad en esta ocasión iba á causar gravísimo perjuicio á la Compañía y á multitud de almas; porque creyendo Claver que aquél era su puesto, tuvo la idea de no continuar en la carrera sacerdotal, y quedarse como hermano coadjutor. Escribió al superior manifestándole su pensamiento, y diciéndole que Dios lo había colocado en semejante situación para hacerle comprender su incapacidad de servirle como sacerdote, y convencerle de que ese estado le convenía más para el bien de su alma. El padre provincial, que conocía los méritos del joven Claver, le contestó claramente que la voluntad de Dios era la manifestada por los superiores, y que éstos lo obli-

gaban en virtud de santa obediencia á seguir sus estudios eclesiásticos.

Cabalmente en aquella época se abrían los cursos teológicos, y nuestro santo, que no sabía sino obedecer, volvió á las tareas escolares interrumpidas por casi un año.

Distinguióse también en Bogotá, como lo había hecho en los demás lugares donde había estado estudiando, y sostuvo admirablemente la reputación de inteligente y discreto que lo había precedido.

Un gran consuelo preparaba Dios al santo joven. El reverendo padre Antonio Agustín, que había sido su primer profesor de teología en Barcelona, después de haber ocupado un honroso encargo en Roma, fué enviado á Bogotá. Apenas tuvo noticia Claver de la llegada de tan venerando padre, se alegró grandemente y resolvió escogerlo por su confesor. También se llenó de júbilo éste cuando vió á su querido discípulo Pedro, cuyas prendas había admirado en el colegio de Barcelona.

Dos años permaneció en Bogotá, estudiando con grande interés los tratados de teología que aun le faltaban. Inútil es hablar de los progresos que Pedro hizo durante ese tiempo, pues su bella inteligencia y su aplicación asidua no podían menos que dar brillantes resultados. Y á la verdad, en el examen que sostuvo al concluír sus cursos, dió pruebas de haber adquirido una profunda ciencia. Pero más que en todo, Pedro había adelantado en otra ciencia, la ciencia del amor divino, que tiene por base la humildad; y cuando los condiscípulos lo felicitaron por el buen éxito de los certámenes, les contestó como para disminuír el mérito de sus acertadas respuestas:

« Oh, Dios mío, ¿ acaso es menester saber mucha teología para recibir las órdenes y catequizar á unos pobres negros? »

Y habiéndosele dicho por algunos que lo habian examinado muy escrupulosamente para saber si podía ser admitido tan joven á la profesión, repuso humildemente:

« Si lo hubiera sabido, no hubiera contestado absolutamente nada, para que se persuadieran mis superiores de que soy enteramente indigno de tanto honor. »

Parce que el Señor quisiera perfeccionar primero con el ejercicio de la humildad, á aquellos de sus hijos á quienes escoge para grandes obras. Claver no solamente tenía virtud suficiente para ser admitido á la profesión, sino que podía ser propuesto como modelo de virtudes á religiosos ya provectos y adelantados en la perfección; sin embargo, se juzgaba indigno de semejante honor y declaraba su indignidad delante de todos. Pero aquella sentencia que salió de la boca de la verdad misma: *El que se humilla será exaltado* [1], tenía que verificarse algún día, por eso vemos hoy al humilde apóstol de los negros, coronado de la aureola de los santos.

No era en Bogotá donde debía hacer sa profesión. Esta gracia le estaba reservada para más tarde, cuando ya se encontrara en el vasto campo de sus apostólicas labores; este consuelo debía tenerlo en la ciudad afortunada donde había de alquirir sus mayores triunfos.

Apenas concluyó los estudios de teología, fué enviado á Tunja para estar algún tiempo con los novicios, y, al paso que les sirviera á éstos de ejemplo, se preparase también él mismo á la gran misión que se le debía confiar. Muy poco tiempo tenía de haber sido fundado aquel noviciado en Tunja para las vocaciones de la Nueva Granada; se quería por consiguiente arraigar profundamente en la casa el amor á la virtud y á la observancia religiosa. Como de

[1] *Qui se humiliat exaltabitur.* (S. Mat., c. XXIII, v. 12.)

allí habían de salir todos los miembros de las demás casas, era claro que con preferencia debían cuidar los superiores de que allí peculiarmente se amara la perfección y se emplearan todos los medios para alcanzarla. Nuestro santo fué escogido para que contribuyera con su ejemplar conducta á tan noble fin, infundiendo el deseo de las más bellas virtudes en los jóvenes aspirantes. Un año estuvo en Tunja, edificando á todo el mundo con su puntualidad y exactitud en el cumplimiento de los propios deberes. Después de este tiempo recibió orden de transladarse á Cartagena.

Se puso en camino inmediatamente, y en noviembre de 1615 llegó á esta noble ciudad.

¡Oh dichosa Cartagena, regocíjate, pues un padre amoroso, un bienhechor insigne, un protector decidido, viene para salvarte! ¡Regocíjate, pues aquel oscuro y humilde fraile cubierto con tosco sayo, que no advertido por la muchedumbre atraviesa tus plazas y tus calles, formará un día tu mayor gloria! ¡Regocíjate, pues el abnegado apóstol Claver está ya en tu seno!

¡Levanta orgullosa la frente, *heroica* ciudad, porque de hoy en adelante te convendrá doblemente tan glorioso título! No solamente te lo ha conquistado el valor de tus hijos, sino también el sacrificio y el martirio del nuevo héroe, ¡más noble y más grande que todos los héroes que has visto recorriendo tus elevados muros! Los unos han sabido combatir y vencer á tus enemigos materiales, pero el otro ha sabido rechazar y debelar á tus enemigos espirituales, ¡mil veces más fuertes y más poderosos!

Séanos permitido aquí suspender por un instante la narración de las virtudes del Santo, para dar una ojeada al campo de sus trabajos.

Las cosas del mundo están todas sujetas á la misma

suerte. Principian, se desarrollan, llegan á su apogeo, después declinan y se acaban. Los afamados imperios de la antigüedad, las grandes naciones de los tiempos modernos, nos prueban verdad tan solemne. Es ésta la historia de todas las humanas grandezas. Ésta fué también la historia de nuestra Cartagena. Comenzó en la oscuridad, se fundó por algunos soldados, fué poco á poco aumentando en fuerza, poder y riqueza, obtuvo un nombre universal, sobresalió sobre todas las demás ciudades, llegó á ser reina de la América meridional, pero también principió á declinar, hasta que cayó en el estado de postración en que la contemplamos hoy. En la época de san Pedro Claver hallábase Cartagena en el apogeo de su grandeza.

La ciudad está situada entre el décimo y el undécimo grado de latitud norte, y á los setenta y cinco grados de longitud al occidente del meridiano de Greenwich. Antiguamente daba su nombre á una extensa provincia ó departamento colocado entre el gran río Magdalena y el golfo del Darién.

La localidad se compone de dos partes que forman admirable armonía, consideradas en su conjunto, pero que son muy distintas: la ciudad propiamente dicha, y su barrio ó arrabal, llamado *Getsemaní*.

La parte principal tiene la forma de un cuadrilongo irregular, con los extremos inclinados hacia el nordeste y hacia el sudoeste, y los dos lados de mayor longitud dando frente, el exterior á la alta mar, y el interior al arrabal de *Getsemaní*.

La otra parte tiene la forma de un triángulo cuya base está formada por el costado interior de la ciudad y cuyo vértice se extiende hacia el sudoeste, bañado por las aguas de la bahía.

La ciudad y el arrabal están separados por una gran

muralla y por un canal que liga la ciénaga llamada de *Chambacú* al nordeste, con el *Puerto* al sud, pero se comunican perfectamente por una puerta llamada *Boca del Puente* y un puente construído sobre el expresado canal.

Los españoles, que habían escogido á Cartagena como emporio de todo el comercio de la América meridional, pensaron fortificarla debidamente. La rodearon, pues, de sólidas y majestuosas murallas que, aun después de haber desafiado por siglos la destructora influencia del tiempo y las balas de poderosos enemigos, imponen al que las contempla. Sumas fabulosas ($ 59.000,000) parece que se gastaron en tamaña obra, pero bien valía la pena de que la Península no reparara en economías, tratándose de proteger contra los asaltos de enemigas huestes á la ciudad *del oro* y *de los tesoros*.

También la defendieron por el lado de tierra, construyendo en una colina situada al este de la ciudad un hermosísimo fuerte llamado de *San Felipe de Barajas*, que costó once millones de pesos, y por el lado del mar edificando un famoso castillo, precisamente en la entrada de la bahía, al cual dieron el nombre de *San Fernando*. Dos castillos más, uno enfrente de otro, dominan enteramente la bahía. *Manzanillo* se llama el que está al este, *Castillo grande* el que está al oeste.

La bahía de Cartagena es una de las más grandes, bellas y seguras de la América; bien protegida de todo viento, siempre está en perfecta calma. Comunícase con el mar por dos *bocas*. Denomínase *boca grande* la una, y *boca chica* la otra. Fué cerrada la primera por medio de una escollera de enormes piedras, para impedir la entrada de buques enemigos en caso de guerra, y la segunda está bien defendida por el fuerte de San Fernando arriba mencionado.

Mucho se exagera la insalubridad del *clima de Cartagena*. Es sumamente extraño que casi todos los historiógrafos de san Pedro Claver hagan descripciones horribles á este respecto. Parece como que para dar más realce á las virtudes del heroico siervo de Dios, han querido representar aun más escabroso de lo que realmente era, el campo donde trabajó tantos años y con tan admirable perseverancia. Pero á decir verdad, es ésta una mal entendida manera de alabar, que lejos de servir para el fin que se proponen, lo perjudica grandemente. Demasiado alto hablan de nuestro héroe sus hazañas; y las extraordinarias virtudes que practicó con tanta perfección, son demasiado evidentes para darnos una idea de sus inmensos méritos. ¿Para qué, pues, recurrir á ridículas exageraciones, á fin de que resalte el heroísmo de un santo?

No queriendo ser prolijos en citar cuanto los diferentes autores dicen del clima de Cartagena, nos limitamos á á reproducir la descripción que hace el reverendo padre Fleuriau:

« Los calores, escribe, son allí excesivos, las lluvias tan frecuentes, el aire tan mal sano, que solamente la *extrema codicia* ó un *sublime celo* pueden atraer á los extranjeros y hacerles soportable la estadía. Desde el principio de diciembre hasta fines de marzo, sopla un viento del norte, ó brisa, bastante frío, al cual los extranjeros acostumbrados á un cielo menos abrasador, se acomodan gustosos, pero este cambio repentino de temperatura produce tales revoluciones en los naturales del país, que muchos caen enfermos. Entonces los árboles de los alrededores, especialmente los que están sobre las montañas, pierden toda su fuerza y se secan, los campos quedan desolados y la tierra no produce casi nada. Durante los otros ocho meses

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
BIBLIOTECA

del año, el sol es como fuego ardiente, insoportable á los mismos *españoles* que se acostumbran fácilmente á todos los demás climas. El calor penetra á los aposentos más retirados y los convierte en estufas. Los recién llegados caen poco á poco en una languidez que les quita completamente el apetito, y están sujetos á tan numerosos y deplorables accidentes, que á cada instante creen estar cercano el momento de la muerte. Lo que hay de más triste es que las lluvias son entonces muy abundantes, pero lejos de disminuír el calor, parece que contribuyen á hacerlo más sofocante. De estas dos causas reunidas nacen tres graves inconvenientes, á saber, enfermedades extraordinarias y desconocidas, que en corto tiempo concluyen con los temperamentos más robustos; grandes cantidades de mosquitos, moscas y otros *insectos volátiles*, contra los cuales de poco sirven los más espesos vestidos, y cuyas crueles picaduras siempre levantan ampollas envenenadas y dolorosísimas; por fin, unos huracanes y truenos tan violentos, acompañados por torrentes de lluvia tan extraordinarios, que *hacen perecer una infinidad* de hombres... Además, el suelo es tan estéril por sí mismo, que es preciso traer de otra parte todo lo necesario para la vida. Y como las frecuentes tempestades mantienen siempre borrascosos los vecinos mares, carecen aquellos habitantes de todo, aunque suelen tener en abundancia oro y plata. Un clima tan repugnante á la naturaleza no ha arredrado la insaciable avidez de dinero. »

¿Quién no encuentra en estas líneas las más extravagantes exageraciones? Por más que hayan variado las causas metereológicas que tales fenómenos producían, no se puede menos que reconocer en semejante descripción el juego de una vivísima imaginación, que contemplando, desde lejos el campo de las fatigas de Claver, con poéticos

vuelos narra dificultades existentes é inventa otras que en su concepto debían existir.

Por cierto es en extremo sensible que tales informes sobre el clima de Cartagena hayan circulado y circulen aún entre los buenos, porque causan gran perjuicio á esta pobre ciudad y diócesis. ¡Cuántos celosos sacerdotes, animados por el espíritu de Cristo, vendrían tal vez á ayudarnos en el ejercicio del sagrado ministerio, si no fueran detenidos por tan exageradas noticias que encuentran en los libros!

Sí, hay calores excesivos, pero nunca producen en los extranjeros la languidez que el padre Fleuriau describe, nunca causan tales accidentes que le parezca á uno estar ya al borde del sepulcro. Hay moscas y mosquitos en abundancia, pero librenos Dios de tener qué cubrirnos con pesado paño para defendernos de sus picaduras. Aquellos tan temibles insectos volátiles cuya trompa pasa los más espesos vestidos, se habrán ido probablemente en busca de otras tierras, pues ya en Cartagena no se conocen.

Presèntanse de cuanto en cuando temporales, y huracanes espantosos si se quiere, pero nunca al salir después de las tormentas, hemos encontrado un solo cadáver en las calles que el buen padre Fleuriau deja suponer sembradas de infelices, muertos por las centellas y las aguas. Nunca hemos visto perecer, ni siquiera en las casas, un individuo, á consecuencia de las tempestades.

Se dice que el suelo es sumamente estéril y que es preciso traer de otras partes lo necesario para la vida. ¡Cuantás fábulas!

Hablan otros autores de una espantosa mortandad que siempre reina en Cartagena, y hacen suponer que son tantas y tan terribles las enfermedades dominantes, que no es posible para un extranjero permanecer aquí unos

pocos meses sin correr riesgo de perder la vida. ¡Cuán enorme falsedad! ¡No entienden los que tanto exageran lo mal sano de este clima, que caen en evidente contradicción? ¿No ha vivido el mismo san Pedro, de quien se ocupan en sus escritos, cuarenta años en Cartagena? Y nótese que el gran apóstol, lejos de llevar una vida tranquila, se sometió á las más duras fatigas y trabajos. Antes, no bastándole los sufrimientos y penalidades que el ejercicio de su ministerio le proporcionaba, añadía también durísimas penitencias y maceraciones. ¿No han vivido aún años, muchos extranjeros en esta ciudad, que gozan de una perfecta salud?

Se muere en Cartagena como en todas partes del mundo Es cierto que hay enfermedades de carácter maligno, cierto que hay fiebres tan perniciosas que se llevan al más gallardo mancebo en dos y tres días, es cierto que se presentan á veces casos de fiebre amarilla; pero ¿acaso en las otras partes del globo no está sujeta la pobre humanidad á miserias iguales, á calamidades peores aún?

Afirma el padre Fleuriau que las brisas causan en Cartagena grandes revoluciones en el organismo. Hoy también reinan las brisas, hoy también se hacen sentir bastante fuertes, especialmente en los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, y fácilmente se resfría uno cuando se descuida; pero jamás hemos sabido que se haya alterado la organización de los forasteros ni de los indígenas. Por el contrario, son éstos los meses más saludables.

Una sola cosa nota el extranjero recién llegado á esta ciudad: experimenta por la mañana un gran cansancio, un decaimiento general de fuerzas, no siente su natural agilidad en los nervios, le parece tener una especie de capa encima que le impide la ligereza de los movimien-

tos, pero todo desaparece apenas se desayuna, y poco á poco va acostumbrándose uno de tal manera, que ya no está sujeto tampoco á estas desagradables sensaciones.

No queremos sin embargo hacer un gran cargo á los antiguos historiógrafos de san Pedro Claver, por haber caido en semejantes exageraciones, pues no es extraño que se hayan engañado. Si actualmente con la comunicaciones tan rápidas que tenemos, con la facilidad tan grande con que pueden averiguarse las cosas, todavía goza esta ciudad una *pésima reputación* en Europa con respecto al clima; si todavía se considera como *infernal* su *temperatura*, y se cree que un misionero destinado á Cartagena es enviado al sacrificio, ¿cómo es posible que no se exagerara en aquellos tiempos, en que difícilmente podían transmitirse noticias exactas del nuevo al viejo mundo? No tratamos, pues, de hacer inculpaciones al reverendo padre Fleuriau y demás autores, por las hiperbólicas ideas emitidas acerca del clima de Cartagena; queremos solamente detenernos algo sobre este punto para evitar falsas suposiciones, y para desimpresionar á los que tales descripciones hayan encontrado en la vidas del Santo escritas hasta ahora.

Cartagena era entonces el puerto de mayor tráfico de toda la América meridional. Aquí hacían escala todos los buques que venían de Méjico, del Perú, del Ecuador, de Chile, de las Antillas, de la península Ibérica y de las costas africanas.

Una de las principales fuentes del comercio era la trata de los negros. Considerabilísimas ganancias hacían los negociantes con aquel vedado tráfico de carne humana. Iban á buscar los esclavos á las costas de la Guinea, de Angola, del Congo, y también del interior del África, donde aquellos infelices estaban continuamente en guerra

unos con otros. Los vencedores, negros como lo vencidos, llevaban á éstos al mercado y los vendían por vino, aceite ú otras provisiones, de las cuales carecían. Comunmente se compraba un esclavo por cuatro ó cinco pesos, y se vendía en Cartagena por doscientos y aun trescientos duros. Por millares se contaban las pobres víctimas que todos los años se traían á este puerto.

Muchas y muy distintas eran las *razas* de la *esclavos*. Solamente en las costas de Guinea se enumeraban treinta, cada una de las cuales tenía su lengua y sus costumbres particulares.

Los que eran más robustos, mejor formados y más valientes, generalmente carecían de inteligencia, eran sumamente salvajes, casi indómitos é intratables. Grandes dificultades se encontraban para instruírlos y enseñarles los rudimentos de la Doctrina.

Pero la mayor parte de los esclavos que eran traídos á Cartagena, venían del Congo y de Angola. Eran éstos bastante dóciles, tenían un carácter manso y se inclinaban á la religión. Abrazaban fácilmente el cristianismo, y cuando comprendían los misterios de amor que nuestra fe enseña, se volvían fervientes católicos; pero al principio eran también muy ignorantes. Á veces cuando veían administrar el santo bautismo, los que ya lo habían recibido en sus países se ponían en las filas de los otros y se arrodillaban para *recibir de nuevo* este sacramento, creyendo hacer una acción muy meritoria.

Sus mujeres se presentaban en público menos indecentemente que las de las otras razas. Se cubrían con grandes cortezas de árboles.

Los demás se compraban en las islas de Santo Tomás, de Carabal, de Arda y de Mina. Había entre ellos algunas tribus de antropófagos. Mostrábanse éstos tan ávidos de

carne humana, que en algunos casos se comían hasta los propios hijos. Eran los más estúpidos y más embrutecidos entre los negros; sin embargo, cuando se convertían á la fe católica eran los más asiduos y exactos en el cumplimiento de los deberes religiosos.

El vil precio por que se conseguían los esclavos, demuestra evidentemente cuán poco caso se hacía de esa gran parte de la humanidad. Á veces con dos ó tres pedazos de cuero de res se compraba un negro.

Un sinnúmero de comerciantes adquiría inmensas fortunas con los sudores y también con la sangre de esos infelices.

Á ellos eran adjudicados los trabajos más pesados, y la recompensa que se les tenía preparada generalmente consistía en el *fuete* y el *azote*.

¡Tristes frutos de la esclavitud!

CAPÍTULO VIII

La esclavitud, sancionada por la filosofía y la religión pagana, fué combatida y abolida por la Iglesia católica. — El Santo empieza á trabajar en favor de los esclavos. — Es ordenado sacerdote.

1. *O extrema conditio servitutis! natura liberos genuit vel fortuna servos constituit; servus cogitur pati et nemo sinitur compati; dolere compellitur, et nemo condolere permittitur. Sic ipse verus servus est, aliena vivere quadra.* (Innocent., de vilit. cond. hum.)

¡Oh mísera condición de la esclavitud! La naturaleza ha engendrado seres libres, pero la fortuna ha establecido siervos; se obliga al esclavo á sufrir, y á nadie se permite compadecerlo; se agobia con dolores, y á nadie se consiente tenerle compasión. Así es propio del siervo vivir á expensas ajenas.

2. El hombre no será libertado de la esclavitud del hombre sino por el Hombre-Dios, quien los redimirá á todos y á cada uno con su propia sangre y les dará este nuevo mandamiento: «Amaos los unos á los otros como yo mismo os he amado, y quien quiera entre vosotros ser más grande será vuestro ministro, y quien desee ser el primero será vuestro siervo.»

(Rohrbácher. Hist. Un. de la Igl., t. II, p. 220.)

3. *Domini, quod justum est et æquum servis præstate, scientes quod et vos Dominum habetis in cœlo.*

(S. Paul. ad Colos., c. IV, v. 1.)

Vosotros, señores, haced con vuestros siervos lo que es de justicia y equidad sabiendo que también tenéis Señor en el Cielo.

La esclavitud, que solamente el cristianismo con sus sanas máximas, y la Iglesia con sus sabios preceptos, han podido desterrar del mundo, no era considerada en la antigüedad sino como cosa lícita y justa. Aquel abominable comercio de la humanidad, tan humillante para los comprados siervos como para los compradores dueños, había sido introducido, aprobado y sancionado por el paganismo con los más especiosos argumentos. No sólo la práctica común de los grandes, sino los asertos de los filósofos y de los hombres más distinguidos en la religión pagana, arraigaron tan profundamente el error de que la esclavitud era permitida, y aun necesaria, que no bastaron á la Iglesia quince siglos de trabajos para persuadir á las masas de lo contrario.

En nuestros días nos horroriza pensar que un hombre venda ó compre á otro, como se hace con los irracionales; pero no acontecía así antiguamente. Nada de extraño tenía que la carne humana fuera también objeto de contratos como cualquiera otra cosa. Los mismos personajes dotados de gran talento, los perspicaces filósofos que penetraban los misterios de la ciencia, no hallaban injusta esta clase de tráfico. La historia de Grecia nos ofrece una evidente pero espantosa prueba. Era la Grecia el más

libre, el más ilustrado, el más civilizado país del mundo, y sin embargo, véase cuán triste cuadro nos pinta Rohrbácher de esa gran nación:

« Atenas encerraba en sus muros cuatrocientos mil esclavos y sólo treinta mil libres. Más; de estos treinta mil había diez mil que aunque no fueran esclavos no gozaban de los derechos de ciudadanos; lo cual en resumen demuestra que allí había veinte esclavos por cada hombre libre. En Esparta, los esclavos eran todavía más numerosos, y lo que es peor, más duramente tratados que en otras partes. Un pueblo entero (los *ilotas*) se veían reducidos á pública y privada esclavitud. Se les daba todos los años cierto número de latigazos, sin haberlos merecido, simplemente para recordarles que eran siervos. Y si alguno de esos infelices, por la nobleza del semblante ó la elegancia de la persona, daba muestras de superioridad en su mísera condición, era condenado á muerte. Á veces, para prevenir las rebeliones, cuando el número era muy crecido, los magistrados de Lacedemonia escogían á los más valientes y atrevidos jóvenes ciudadanos, y los enviaban armados de pie á cabeza para destruír á los ilotas. De tan bárbara manera fueron muertos dos mil esclavos en una sola noche. Parece que los tesalios, que se jactaban de ser los más libres entre los griegos, eran los que tenían mayor cantidad de esclavos. También entre ellos existía un pueblo entero de siervos, á saber, los *penestes*. Sus dueños los consideraban como un buen artículo de comercio, y los vendían á las demás naciones [1]. »

Si esto sucedía en el país que marchaba á la vanguardia de la civilización pagana, ¿qué sería en los demás que los griegos llamaban bárbaros? La masa de gente á que damos

[1] Rohrbácher, *Historia Universal de la Iglesia Católica*, t. II, p. 219.

el nombre de *pueblo* hoy día, no era *pueblo* entonces; no se enumeraba entre los ciudadanos, ni tampoco entre los hombres; contábase en el número de las *cosas*, de los *útiles* que se compraban y vendían; por lo cual Aristóteles, con su tradicional exactitud de expresión, definía al esclavo *una propiedad viviente*, *un instrumento animado* [1].

Los romanos siguieron en todo el ejemplo de los griegos, y la historia de aquel pueblo austero y cruel nos asegura que el número de los esclavos creció tanto, que pudieron mover desastrosas guerras contra los libres, y sostener sangrientos combates contra los dueños. Ciento treinta y siete años antes de la venida de Jesucristo, se levantó un ejército de siervos á reclamar inútilmente pretendidos derechos, y guiado por un *sirio* llamado *Euno*, tuvo ocupadas las poderosas legiones romanas en perseguirlo, por el largo espacio de cuatro años. Treinta y un años después otras hordas de esclavos amenazan á la República romana; y solamente tras horrorosas y reñidas peleas, pueden ser debeladas por Marcos Aquilio, el cual sofoca la rebelión con el exterminio de un *millón* de esos infelices. ¿No se ha visto á un *Espartaco* reunir suficiente número de siervos para organizar temibles batallones que derrotaron á dos cónsules?

La esclavitud siempre estuvo de moda en el paganismo. ¿Cómo no había de ser así? ¿Qué hacía la religión de los dioses para impedir ese crimen? ¿Con qué argumentos anatematizaban los filósofos y sacerdotes paganos el tráfico de carne humana? ¿No fueron acaso los príncipes de la filosofía y de la moral, idólatras que fomentaron la esclavitud y la autorizaron con sus monstruosas teorías? Aristóteles decía que hay esclavos *por naturaleza*, y argumen-

[1] *De Republ.*, lib. I, cap. IV.

taba de la manera siguiente: « El derecho de mandar y la obligación de obedecer, como que tienen por fin el bien común, son determinados por la naturaleza. El que en la sociedad civil hace las veces de alma en el individuo, y es capaz por su inteligencia de prever, es *naturalmente jefe y señor*; el que en la misma sociedad civil hace las veces de cuerpo en el individuo, y cumple con lo que fué previsto, es *naturalmente* súbdito y *esclavo*. Hay, pues, *esclavos por naturaleza*. »

Aristóteles sostenía también que la *naturaleza* se encarga de distinguir físicamente á los esclavos y á los libres. Á los unos, dice, da cuerpos robustos cuales se requieren para obras mecánicas, y á los otros da cuerpos ineptos para esta clase de trabajos, pero aptos para la vida civil [1].

No establecía distinción ninguna entre *señor*, *déspota*, *soberano*, *jefe* y *gobernante*, por un lado, como tampoco la hacía entre *siervo*, *esclavo*, *súbdito* y *gobernado*, por el otro. Según el gran filósofo, pues, *esclavos* deben ser todos los que no mandan, y *libres* son simplemente los que participan de la soberanía. Añadía que el esclavo no es por naturaleza propiedad de sí mismo, sino de otro, y que sus servicios casi en nada difieren de los servicios prestados por los animales domésticos [2].

Así como Aristóteles, Sócrates y Platón propagaron tan falsas ideas. Platón, aunque vendido él mismo como esclavo, no se ofende, no pronuncia una sola palabra de queja contra semejante comercio. Subirán á la cátedra mil otros filósofos, pero no emitirán acerca de tan importante cuestión más nobles conceptos que los emitidos por Aristóteles, Sócrates y Platón. La filosofía pagana legitimó la

[1] Aristóteles, *De Republ.*, lib. IV, c. II, III, IV, V.
[2] Aristóteles, *ibid.*

opresión de los que son más acreedores á nuestra piedad y compasión, á saber, los débiles y los infelices.

¿Quién ha cambiado estas ideas? ¿Quién ha libertado al hombre de las garras del hombre? Jesucristo, con la enseñanza de su sublime doctrina, y la Iglesia con la predicación de la fe en el Hombre-Dios.

Cuando Jesús predicaba : « Amaos los unos á los otros »; cuando mandaba : «Amarás á tu prójimo como á ti mismo», entonces empezó á comprenderse que no era permitido al hombre, por más alta que fuera su posición, oprimir á su semejante; entonces principió el amo á conocer que era ilícito despreciar al siervo; entonces se verificó la gran revolución de ideas en la humanidad, y se vió lo inmoral que era la institución de la esclavitud. Después de Jesús, sus apóstoles, sus discípulos, la Iglesia en suma, continuaron tan benéfica regeneración.

San Pablo, escribiendo á los colosenses, se expresaba así « Ya no hay gentiles ni judíos, ni circuncisos ni incircuncisos, ni bárbaros ni escitas, ni siervos ni libres : Cristo es todo en todos. Vosotros, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos los unos á los otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro; así como el Señor os dispensó á vosotros, así también perdonad á los demás. Mas, sobre todo, tened caridad, que es el vínculo de la perfección : triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo á la que también fuisteis llamados en un solo cuerpo, y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos á los otros... Cualquier cosa que hagáis, sea de palabra ó de obra, hacedla en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él á Dios Padre.

» Casadas, estad sujetas á vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres y no seais desabridos con ellas. Hijos, obedeced á vuestros padres en todo; padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos para que no se hagan de ánimo apocado. Siervos, obedeced en todas cosas á vuestros señores temporales, no sirviendo como para agradar á los hombres, sino con sencillez de corazón temiendo á Dios. Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón por el Señor y no por los hombres, sabiendo que recibiréis del Señor el galardón de la herencia. Servid á Cristo nuestro Señor. Pues el que comete injusticia recibirá lo que hizo injustamente, porque no hay acepción de personas ante Dios. *Vosotros, señores, haced con vuestros siervos lo que es de justicia y equidad sabiendo que también tenéis señor en el Cielo*[1].

Igualmente escribiendo á los efesios, volvia el Apóstol de las gentes á insistir sobre la misma doctrina y exclamaba : « Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y con respeto... como á Cristo. No sirviéndoles al ojo, como para agradar á hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios... Y vosotros, los señores, haced eso mismo con ellos, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos está en los Cielos, y que no hay acepción de personas para con él[2]. »

Estas enseñanzas que propagó la Iglesia naciente por medio de sus apóstoles y discípulos, movieron á los primeros cristianos á tratar á sus siervos como hijos y á acordarles también la libertad. Estas nuevas máximas indujeron á Albina y Melania, dos nobilísimas y riquísimas matronas, á declarar libres en un día ocho mil esclavos,

[1] S. Paul., *Epist. ad Colos.*, c. III, v. 11-25, y c. IV, v. 1.
[2] S. Paul., *Epist. ad Eph.*, c. VI, v. 5-9.

los que formaban toda su fortuna, para retirarse á pasar el resto de la vida en una extrema pobreza.

La influencia del catolicismo continuó destruyendo poco á poco el edificio pagano, refutando con la sublimidad de sus doctrinas los sofismas filosóficos é introduciendo prácticamente la abolición del vil yugo de la esclavitud por los más admirables actos de heroísmo. Cuando prevalecieron las máximas cristianas, observa muy sabiamente el filósofo Balmes, los esclavos pudieron decir : « Somos infelices, es verdad; á la desdicha nos han condenado ó el nacimiento, ó la pobreza, ó los reveses de la guerra; pero al fin se nos reconoce por hombres, por hermanos, y entre nosotros y nuestros dueños hay una reciprocidad de deberes y de derechos [1]. » ¡Cuánto debe la pobre humanidad al cristianismo! ¿Cuándo se dictaron por autoridades públicas decretos favorables á los siervos? Solamente en la época en que el cristianisno triunfó del romano imperio. Solamente en tiempos en que, libre la Iglesia de Cristo para comparecer en público con sus suntuosos templos y sus majestuosas ceremonias, pudo coronar y ungir á *Constantino*. Sí, cuando este emperador renunció á la pagana superstición para abrazar la Cruz y profesar la doctrina de Aquel que en ella se había dejado sacrificar, se sancionaron leyes conformes á la equidad y la justicia, se prohibieron ciertos bárbaros y crueles suplicios que se aplicaban á los siervos, y peculiarmente se mandó suprimir la pena de la cruz, con que se castigaba exclusivamente á los esclavos.

Más tarde, cuando los benéficos principios del cristianismo perfeccionaron el corazón del grande emperador, se dieron leyes más favorables aún á la humanidad opri-

[1] Balmes, *el Protestantismo comparado con el Catolicismo*, t. 1, c. XVI.

mida. En efecto, muy difícil era para un dueño concedér la libertad á un esclavo, porque la ley exigía tantas formalidades, que raras veces podían cumplirse todas. Se requería hasta la presencia de los cónsules, condición imposible de llenar fuera de la ciudad de Roma. Para el año de 316, Constantino quitó todos esos inconvenientes, dejando á cada uno el derecho de declarar libres á sus esclavos. Bastaba que el acto se verificara en la iglesia ante el pueblo y el obispo, y fuera certificado por los ministros eclesiásticos. Por otra ley acordó también el pleno goce de los derechos de ciudadanía romana á todos los que hubieran recibido la libertad de esa manera. Ya había prohibido desde el año de 315, bajo pena capital, que se secuestraran los siervos por deudas de los amos.

Más tarde, se consagró la Iglesia católica hasta en sus concilios á mejorar la suerte de los esclavos. El concilio de Elvira, que se celebró en el siglo cuarto de la era cristiana, impone una grave penitencia á la mujer que golpee duramente á sus esclavos. El concilio de Orleans, que tuvo lugar el año de 549, prescribe en el canon XXII: « Si un esclavo perseguido por alguna falta cometida, se refugiare en la Iglesia, sea restituído á su dueño, si éste jura que no le hará daño; pero si después, quebrantando el juramento, lo maltratare, será separado de la comunión de los católicos. » ¿Qué más podía hacer la Iglesia para poner freno á la crueldad de los amos y dar protección á los esclavos?

Siendo los siervos una propiedad como cualquiera otra, los dueños disponían de ellos como mejor les parecía, y dejándose arrebatar á veces por excesos de pasión, les quitaban hasta la vida. Pues bien, á tanto abuso se opuso enérgicamente la Iglesia, prohibiendo con severidad á los dueños que cometieran tales enormidades con sus esclavos. El concilio de Epaona, en el canon XXXIV, dispone « que

sea privado por dos años de la comunión de la Iglesia aquel dueño que *por autoridad propia* quitare la vida á sus esclavos. » Era la mitad del siglo nono, y todavía se repetían semejantes atentados. Entonces el concilio de Worms, celebrado al año de 868, procuró reprimirlos nuevamente, sometiendo á dos años de penitencia á los amos que *por autoridad privada* hubieran muerto á sus siervos. »

La Iglesia nunca olvidó la bella lección del Apóstol, el cual escribiendo á Filemón intercedía por un esclavo, y esclavo desertor, llamado *Onésimo*, y se expresaba en favor de él con palabras enantes no empleadas al hablar de esa clase infeliz : « Te ruego por mi hijo Onésimo, á quien he dado la vida de la gracia en las prisiones; aquel que en algún tiempo te fué inútil, mas ahora es útil para ti y para mí, que te vuelvo á enviar. Recíbelo como á mis entrañas... no ya como siervo, sino como hermano muy amado, mayormente de mí; pero ¿cuánto más de ti, puesto que te pertenece según el mundo y según el Señor? Por tanto, si me tienes por compañero, recíbelo como á mí. Y si algún daño te hizo, ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta[1]. »

No, la Iglesia jamás dejó caer en el olvido este sublime ejemplo de fraternidad y amor; consecuente siempre con sus admirables principios de caridad, así como se esforzó en predicar la mansedumbre para con los siervos, así también consideró el rescate de los cautivos como uno de

[1] *Obsecro te pro meo filio, quem genui in vinculis, Onesimo, qui tibi aliquando inutilis fuit, nunc autem et mihi et tibi utilis. Quem remisi tibi, tu autem illum ut mea viscera suscipe... Jam non ut servum, sed pro servo charissimum fratrem, maxime mihi; quanto autem magis tibi et in carne, et in Domino? Si ergo habes me socium, suscipe illum sicut me, si autem aliquid nocuit tibi, aut debet; hoc mihi imputa.* (S. Paul., *Epist. ad Phil.*, v. 10, 11, 12-16, 17, 18.)

los objetos más nobles de su celo. Ya sea que se examine el espíritu que en todo tiempo guió á la Iglesia en su manera de proceder, ya sea que se recuerden los actos particulares referidos en la historia del catolicismo, hay que reconocer este nuevo título de la religión cristiana á la gratitud de la humanidad. La redención de los esclavos era un objeto tan privilegiado, que fué establecido en los antiquísimos cánones de las diversas Iglesias. La caridad no tenía límites cuando se trataba de pobres siervos, el celo del cristianismo superaba todos los obstáculos. Se había mandado que aun los útiles y los vasos sagrados se vendieran para redimir á los cautivos. El concilio de Reims, el año de 625, castigó con la pena de suspensión á los obispos que mandaran deshacer los vasos sagrados por cualquier motivo; pero añadió generosamente: *excepto para redimir á los cautivos*. En el canon XII del concilio de Verneuil, se encuentra que los bienes de la Iglesia se empleaban en restituir la libertad á los siervos.

Y una vez rotas las cadenas de la esclavitud, esos infelices no quedaban abandonados. Como tierna y cariñosa madre continuaba la Iglesia prestándoles con solicitud su protección. Se daban á los siervos libertados cartas de recomendación, con el doble fin de defenderlos de nuevas vejaciones en sus viajes, y de proporcionarles los medios con que reparar los daños sufridos en el cautiverio. De este importante y cuidadoso esmero para con los esclavos, nos da una evidente prueba el canon II del concilio de Lyón (583) por el cual se disponía que los obispos indicaran también en las letras recomendaticias expedidas á los cautivos, la fecha y el precio del rescate.

¿No fué en la Iglesia católica donde se levantaron igualmente héroes de virtud para mitigar las duras penas á que se sometían los esclavos, y consagrar en beneficio de esos

desdichados los propios bienes, la propia fortuna, las propias fuerzas, la propia vida? ¿Quién inspiró á un Eligio tanta caridad, que apenas sabía la llegada de unos esclavos corría inmediatamente á comprarlos, los llevaba á París, los presentaba al rey y los declaraba libres? ¿Quién infundió á este noble é ilustre joven tan vehemente afecto para con los siervos, que invirtió incalculables riquezas en libertarlos? ¿Quién inspiró á un Pedro Nolasco, á un Ramón Nonato, á un Simón de Rojas y á otros mil, el heroismo de venderse á sí mismos, para dar á otros la libertad perdida; de someterse ellos á la cruel potestad de inhumanos y tiránicos dueños, para quitar de encima á otros el ignominioso y pesado yugo de la esclavitud? ¡La Iglesia, y solamente la Iglesia, con sus divinas enseñanzas, pudo excitar á tan sublimes actos de desprendimiento y de caridad!

Es innegable; á la regeneradora y benéfica acción de la Iglesia se debe el mérito de la primitiva diminución y final abolición de la esclavitud. Mientras Isabel, reina y papisa de Inglaterra, favorecía el comercio humano en las costas africanas, nuestra Madre, cuidadosa siempre de los dolientes, enviaba abnegados misioneros á rescatar aquella racional mercancía de la doble esclavitud del *hombre* y del *demonio*. Al paso que el protestantismo empleaba sus más valientes marinos, como Hawkins, Drake, Cavendish, en ejercer semejante piratería en España y el nuevo mundo, el catolicismo mandaba almas sublimes y santas á predicar la caridad de Cristo, y dar los más admirables ejemplos de ella asistiendo á las infelices víctimas de tan ilícito tráfico. ¡Y qué ejemplos! ¡Cuánta compasión, cuánta abnegación, cuánto heroismo desplegaban esos enviados de la Iglesia! La vida del héroe que estamos narrando, nos dará una idea de cuánto los demás también hacían, y nos obligará á reconocer la divinidad de aquellas doctrinas que supieron

formar tan excelsos varones... Sigamos nuestra historia, y veremos las maravillas que Claver obró en virtud de la inagotable caridad que las máximas y ejemplos de Cristo, que los preceptos y exhortaciones de la Iglesia supieron inspirarle.

Apenas llegó san Pedro á Cartagena, cuando impaciente por prestar sus servicios á los pobres esclavos, y aliviar las penas de su infortunio por medio de los santos consuelos que solamente la religión puede dar á los desdichados, solicitó el permiso de los superiores para atender á la evangelización de los negros. Pero aquella gracia no le fué acordada sino en parte. Los superiores querían tener una prueba más del celo y de la consagración del joven apóstol, antes de confiarle decididamente la deseada misión. Enviáronle por consiguiente en compañía del padre Núñez á recorrer los pueblos de la provincia de Cartagena, para que se preparara á lo que en el porvenir le estaba reservado. Un año duró aquella peregrinación apostólica. Incalculable es el bien que en tan corto espacio de tiempo hizo Claver. El padre Núñez, que era uno de los más distinguidos y ancianos misioneros de la Compañía, viendo la energía y constancia del joven Pedro en soportar los más duros trabajos, viendo su gran celo por la conversión de los pecadores, lleno de admiración exclamaba: «¡He aquí un verdadero apóstol! ¡He aquí el tipo del misionero!»

Todavía Claver no era ungido del Señor, todavía no había recibido la imposición de las manos, ni había sido elevado á la alta dignidad de ministro de Dios. Solamente le faltaba la gracia de este sacramento para convertir su corazón en foco de divino amor.

Y no tardó en alcanzarla, pues el año de 1616, el día 19 de marzo, fué ordenado sacerdote por el ilustrísimo y

reverendísimo don *Pedro de la Vega*, obispo de esta diócesis.

Penetrado como estaba de la sublimidad del sacerdocio, al cual acababa de ser elevado, y de la santidad que exige el sagrado ministerio que debía ejercer en adelante, quiso el padre Claver prepararse á celebrar su primera misa con un retiro de muchos días. Aumentó el rigor de sus corporales penitencias, é hizo una confesión general con tan abundantes lágrimas, que parecía el más ingrato pecador del mundo. Quiso inmolar por primera vez la Hostia Inmaculada en un altar dedicado á la Virgen Santísima, en cuya estatua milagrosa tenía mucha fe. Después de la función dió gracias á su Divina Madre *por haberle prestado el altar á fin de ofrecerle el sacrificio de su Hijo.*

San Pedro Claver fué el primer jesuita que tuvo la dicha de decir su primera misa en Cartagena. Tanta fué su devoción y tan grande su recogimiento, que dejó profundamente edificados á todos los presentes. Muchos de éstos después de largos años, recordando los felices tiempos de su juventud, como acostumbran hacer los ancianos, hablaban con entusiásticas expresiones de aquella solemne ceremonia, en que el padre Claver los había conmovido hondamente con su piedad.

Admitido Pedro á la familiaridad que el sacerdocio establece entre el hombre y Dios, introducido en los arcanos celestiales que las almas más inmediatas al Señor solamente penetran, sintióse animado de un vehemente deseo de aprovechar aquel tesoro de gracias infinitas, y desde los primeros días se esforzó en demostrarse lo menos indigno posible de la alta dignidad de que se veía revestido.

Parecíale no haber hecho nada hasta entonces por Dios. Oraciones, penitencias, trabajos, humillaciones y pruebas, toda su vida de pureza, inocencia y sacrificio, no corres-

pondían á la necesidad de amor y abnegación que en su corazón experimentaba. Dios abre en el espíritu de sus verdaderos ministros fuentes de unción vivificante y de expansiva caridad, del mismo modo que cambia en fuente de alimenticia leche el seno de las madres.

Este ardor, sin embargo, nada tenía de exagerado; el juicio y el consejo preceden á la vejez en las almas formadas por la religión. La piedad había comunicado al nuevo sacerdote una superioridad de razón y una rectitud de inteligencia, que las virtudes comunes adquieren solamente después de muchos años de experiencia.

Pronto fué rodeado por todas las clases sociales de aquella estimación y respeto que sobre todas las cosas hacen honor á un ministro del altar. Su confesonario estaba asediado de penitentes. Los primeros en accordarle plena confianza fueron sus mismos hermanos. En las solemnidades y fiestas, pasaba los días y parte de la noche en el santo tribunal. Apenas le quedaba tiempo para subir al altar, rezar su Breviario y tomar de prisa una modesta refección. Y ¡oh qué suaves exhortaciones salían de sus labios para consuelo de las almas! ¿Qué orgulloso pecador hubiera osado resistir á tan admirable humildad? ¿Qué rico se hubiera negado á poner en esas benéficas manos lo superfluo de su fortuna? ¿Qué mísera criatura, postrada bajo el yugo del pecado, no se hubiera rendido al perfume de tantas virtudes, y no hubiera pasado á la práctica de la santa doctrina anunciada por alma tan angelical?

Afable, cortés y ameno con todos, tenía singular ternura para con los pobres y los pequeños. Su bien era el bien de todos, jamás cerró para nadie ni su bolsillo ni su corazón. En Cartagena vivió y vivirá siempre la memoria de su inagotable caridad.

Siempre estaba dispuesto á sacrificarse por la salvación

de sus prójimos. Los enfermos con un simple aviso lo veían correr al lecho de sus dolores. Era incansable en asistirlos, afectuoso en consolarlos, paciente en oírlos, asiduo en visitarlos.

Claro está que tan bellas cualidades debían granjearle presto el afecto de todos. ¡Y así aconteció! En breve Cartagena le cobró particular cariño, y cuando alguien necesitaba un consejo ó un aviso, ocurría al santo jesuíta Claver. ¡Y siempre en él se hallaban el afecto de un padre, la amabilidad de un hermano, el tierno cuidado de un verdadero pastor!...

CAPÍTULO IX

El reverendo padre Sandoval. — El Santo se encarga definitivamente de la misión de los negros. — Va al puerto á recibirlos.

1. *Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris, licet plus nos diligens, minus diligar.* (S. Paul., II ad Cor., c. XII, 15.)

Y yo de buena gana daré lo mío y me daré á mí mismo por vuestras almas, aunque amándoos yo más, sea amado menos.

2. *Cum naves mancipiis onuste in portum appellerent, prasto aderat Petrus, cibum, potum, pharmaca, aliaque necessaria presidia secum ferens, hominesque miseria et squalore confectos, ceu pater filios peramanter complectens, nudis vestimenta, esurientibus escam, egris medicamina suppeditabat.*

(Brev. Rom., lect. V, de S. Petro.)

Cuando entraban al puerto navíos cargados de esclavos, acudía Pedro al punto llevando alimentos, bebidas, remedios y otros auxilios necesarios. Abrazaba afectuosamente como padre á esos hombres acabados por la miseria y desolación, proporcionaba vestidos á los desnudos, alimento á los hambrientos, y á los enfermos medicinas.

Desde el año de 1605 se hallaba en Cartagena ejerciendo el sagrado ministerio con extraordinario celo, un santo

sacerdote que fué verdadera gloria y lustre de la Compañía de Jesús. Era éste el célebre padre *Alfonso Sandoval*, natural de Toledo, y descendiente de una nobilísima familia de España. Joven todavía, contrajo una enfermedad muy peligrosa que presto lo llevó al borde del sepulcro. Anunciada ya por los médicos su próxima muerte, estaba la familia inconsolable, llorando la inevitable calamidad, cuando se presentó un discípulo del padre Ignacio de Loyola. Bien conocida era la santitad de aquel sacerdote.

Rodéanlo todos los miembros de la casa, le suplican, ruegan é instan para que les obtenga de Dios la curación de su querido Alfonso. Lleno de confianza, acércase el humilde siervo del Señor á la cama, en donde está tendido el gallardo mancebo, y :

« Todavía te queda tiempo, le dice, para recobrar tu prístino vigor, pero si estás dispuesto á someterte á una condición.

— Padre, ¿qué condición me impone el Altísimo por conducto de vuestra reverencia? dice el joven con voz apagada.

— Que te consagres á su servicio.

— Prometo que así lo haré. Juro que para Dios serán los días de vida que en su bondad infinita quiera acordarme aún. »

Tomóle por una mano el jesuíta, invocó al santo padre Ignacio y le curó instantáneamente.

Fiel á la promesa hecha y agradecido á la Divina Misericordia, Alfonso Sandoval entró á la Compañía de Jesús y dedicóse con tanto ardor á la propia santificación, que en breve hizo grandes progresos en la virtud. Á fines del siglo diez y seis fué enviado á la misiones del Perú. Ardiente celo y suma actividad desplegó allá el reverendo padre, y propagó extensamente el reino de Jesucristo. Pero Dios

quería destinarlo á otra obra de suma importancia para la Iglesia y la humanidad. Después de haber pasado algunos años en el Perú, recibió orden de transladarse á Cartagena para atender á la evangelización de los negros. En 1600 los padres residentes en este grande emporio comercial, habían comenzado á ocuparse de los esclavos que de las costas africanas eran llevados á las de América; pero era menester que un hombre de eximias virtudes y de preclaros méritos, como Sandoval, diera impulso á tan benemérita empresa y la desarrollara.

Apenas llegó á Cartagena el esclarecido misionero, declaró cruel guerra al infierno. Recorrió todas la poblaciones de la provincia, predicando y convirtiendo almas á Cristo. Pero si la caridad de tan digno ministro del Altísimo encontró bastantes consuelos en los copiosos frutos que recogió, tuvo también muchas penas que soportar, muchos dolores que sufrir de parte de los mismos negros. Á más de ignorar éstos todas las verdades de la fe, no sabían si habían recibido ó no el santo bautismo. Muchos, aunque hubieran sido regenerados por este sacramento, conservaban sus paganas supersticiones, continuaban prestando culto al demonio y se abandonaban á toda clase de vicios. ¡En cuántas ocasiones lloró el ardiente Sandoval! ¡No era fácil poner á tantos males el pronto y seguro remedio que se necesitaba! Para mies tan abundante, demasiado escasos eran los obreros, á veces duramente oprimidos por el trabajo.

Cada uno de esos infelices salvajes necesitaba continuas y repetidas instrucciones. Las lenguas eran tan diferentes y numerosas, que exigían profundos y largos estudios. Unos cuantos misioneros muy poco podían hacer en campo tan vasto.

Viendo el padre Sandoval semejantes dificultades, pensó

que era más conveniente y provechoso cuidar de los esclavos á su desembarque en Cartagena, ante que se esparcieran en las interminables regiones de las Indias. Así más fácilmente se podrían instruír todos juntos, aun por un solo padre. Tampoco faltarían en la Reina de las Américas intérpretes que ayudaran la obra del sacerdote. Además, con mayor certidumbre se averiguaría, tocando con los dueños y capitanes de buques, quiénes estaban ya bautizados.

Volvió, pues, el padre Alfonso á Cartagena y dió comienzo á aquella tan grandiosa y benemérita obra, que duró dos siglos enteros y salvó millones de almas de las garras de la infernal serpiente. Sólo el padre Sandoval, durante los ocho años que estuvo trabajando para fundarla y consolidarla, bautizó á treinta mil negros.

Pronto llegó á Europa la fama de tales maravillas, y el reverendísimo padre Mucio Vitelleschi, general entonces de la Compañía, temiendo que se descuidara tan útil misión al faltar el padre Alfonso, envió una orden terminante á los superiores de Cartagena, para que le asignaran un celoso compañero escogido entre los más jóvenes, el cual debía prepararse bajo la dirección de tan sublime maestro á continuar más tarde la importante obra. Á nuestro santo tocó la bella suerte de acompañar al distinguido padre Sandoval en el ejercicio de su ministerio. Infinitas gracias dió al Señor por este honor y beneficio.

Así como no hubiera podido ser formado el padre Claver por mejor maestro, así no hubiera podido tampoco el padre Sandoval encontrar mejor discípulo. La empezada misión estaba asegurada para el porvenir. Poco después, por urgentes negocios que requerían el tino y la prudencia de un experto y anciano jesuíta, fué Sandoval llamado nuevamente al Perú. Al partir no lo inquietaba

absolumente el temor de que su empresa no floreciera. Abandonaba tranquilo á Cartagena, pues dejaba sus esclavos encomendados al celo y á los cuidados de un joven sacerdote que lo superaría grandemente.

Duró unos años todavía el valiente ministro de Jesucristo en el exacto cumplimiento de sus deberes, hasta que al fin, acabado por las fatigas, cubierto de úlceras adquiridas voluntariamente por exceso de caridad en asistir á los leprosos, y atormentado por los más violentos dolores, espiró bendiciendo á la divina Providencia, que le había dado el consuelo de sufrir algo por la salvación de las almas y había suscitado un nuevo apóstol para sus infelices y pobres esclavos.

Solamente un año había estado el Santo con el padre Sandoval, pero había tenido ocasión de adelantar tanto con sus lecciones y ejemplos, que pronto se hizo un perfecto misionero. Cuando quedó solo, duplicó sus esfuerzos para que no faltaran á los negros los cuidados y las atenciones que siempre les había prodigado su maestro. Ofreció su vida al Señor y se consagró sin reserva á ese duro apostolado, que ni siquiera tenía la ventaja de la variedad en los sufrimientos. Los trabajos de hoy eran los de mañana: todos los días, nuevos pueblos para instruir, asistir y consolar; todos los días, caracteres nuevos que dominar... todos los días, incomprensibles idiomas que oír y esforzarse en aprender. El apostolado de Cartagena era el del *nuevo mundo*.

Siempre que el Señor quiere experimentar la constancia y firmeza de sus siervos, permite que aun en las mejores obras emprendidas por ellos, se les presenten graves dificultades. Así como para descubrir el valor de un bizarro militar, se le coloca donde más reñida es la lucha, así para probar la sólida virtud de las almas nobles, las pone

Dios en difíciles trances. No faltó esta prueba á nuestro santo.

Los primeros obstáculos se le ofrecieron de parte de los mismos esclavos. Por su carácter grosero é indómito rechazaban al principio el bien que él quería hacerles. Ignorantes y aferrados á las supersticiones de su culto, no podían entender las nuevas doctrinas que Claver les predicaba. Á veces se resistían á oír las dulces y suaves palabras que les dirigía. También acontecía, aunque fuera muy raramente, que á las caricias del amable padre correspondían con amargos insultos. Pero no se desanimaba Pedro; por el contrario, aumentaba las manifestaciones de cariño con los que más le ultrajaban, y al fin lograba conquistarlos para Cristo.

Sin embargo, aun cuando esos desdichados salvajes, vencidos por la divina gracia y la admirable virtud del santo jesuíta, abrazaban la fe, conservaban siempre cierto afecto á las diabólicas ceremonias de su falsa religión. Era preciso que Claver vigilara constantemente para impedirles que volvieran á sus antiguas prácticas.

Otro obstáculo fué la lucha que tuvo que sostener con los amos de esas infelices criaturas. Algunos patrones eran tan severos é inhumanos para con los siervos, que no consentían que se les diera instrucción religiosa. Ya porque no hicieran caso del precioso don de la fe, ya porque quisieran tener á sus esclavos constantemente ocupados, se oponían al ardiente celo del preclaro sacerdote y le prohibían la entrada á sus negrerías. Es verdad que semejantes casos no eran muy frecuentes, pero los que se presentaban eran terribles golpes de espada que transpasaban el corazón del grande apóstol, devorado por el deseo de evangelizar á los negros.

Mas las dificultades, la contradicciones y los mismos in-

sultos no lo hacían nunca desistir de su obra; antes parecía que excitaran el ardor de su celo. No podía ser de otro modo. Claver estaba seguro de superarlos con el auxilio de Dios.

Lo que mayor trabajo le proporcionaba era la manera de entenderse con sus protegidos. Como ya hemos visto, los esclavos que se traían á esta ciudad venían de distintos países y hablaban por consiguiente diferentes lenguas, lo que ofrecía un gravísimo inconveniente para instruírlos. El Santo veía cerrada la puerta por donde debía introducirse en aquellos corazones. Pero hizo desaparecer pronto también esta dificultad, buscando intérpretes que le acompañaran y ayudaran en el ejercicio de su ministerio. Heroica fué la humillación á que se sometió para conseguir los medios con que sostener y pagar á los intérpretes; mas se trataba de dar gloria á Dios, de salvar almas, ¡y por tanto no había sacrificio que Claver no hiciera! Solicitó del reverendo padre superior el permiso para colectar limosnas entre los fieles, y apenas lo obtuvo, comenzó á recorrer las calles de Cartagena tocando como mendigo á las puertas y suplicando que se le diera una limosna por el amor de Dios. ¿Quién hubiera osado negarla á tan admirable apóstol?

Los que non podían entregarle dinero, le daban víveres. El Santo lo recibía todo y lo iba poniendo en su alforja. Cuanto más pesada la sentía, más se alegraba en llevar esa dulce carga por amor de sus negros. Dios bendijo tanto espíritu de sacrificio, pues en corto tiempo proporcionó á su fiel ministro lo suficiente para rescatar unos esclavos que le sirvieran de intérpretes. Con las provisiones, que además del dinero recogía, aliviaba á los enfermos y á los menesterosos.

Siempre era admirable Claver cuando se veía al lado

de sus queridos esclavos ; pero sublime aparecía cuando iba al puerto para recibirlos. Había prometido celebrar una misa por aquellos que primero le anunciaran la llegada de algún buque cargado de negros. Cuando, pues, entraba á la bahía uno de esos buques, los admiradores todos de sus grandes virtudes hubieran deseado volar á comunicarle la noticia, no solamente con el objeto de aprovechar el beneficio de la misa, sino también para proporcionarle el inmenso consuelo que él experimentaba en esas circunstancias. El mismo gobernador de la ciudad y otros empleados distiguidos se esmeraban en mandarle recados. ¡Cuánta alegría! ¡Cuánto júbilo para Claver! Aquel rostro siempre pálido, demacrado y enjuto á causa de las duras fatigas y ásperas penitencias, se transformaba en el acto, se encendía como por encanto, resplandecía lleno de brío y de vida. Ante todo, rendía infinitas gracias al Altísimo por la nueva ocasión que se le presentaba de ejercer la caridad con sus prójimos, en seguida avisaba á sus intérpretes que lo acompañaran, y con paso acelerado se dirigía al muelle.

La mayor parte de esos infelices, sacados de sus nativos países, robados del seno de sus familias y llevados sin compasión á tierras desconocidas, venían persuadidos de que los blancos los habían comprado para preparar con su piel cortinas y adornos para los palacios, pintar con su sangre los muebles y carenar los buques con su grasa. Los malos tratamientos que recibían durante el viaje los confirmaban en tan estúpida convicción. Las miserias y los trabajos que en toda aquella dolorosa navegación sufrían los inducían á creerse inferiores á los irracionales. Aglomerados unos sobre otros en el fondo del navío, enteramente desnudos, mal alimentados, envueltos en la más repugnante suciedad, exhalaban una fetidez insoportable,

Si por desgracia se presentaba la viruela, enfermedad muy común entre ellos y sumamente contagiosa, eran incalculables los estragos que producía. ¡Morían por centenas aquellos pobres! Nadie trataba de echar al agua los cadáveres. Los vivos quedaban confundidos y casi sepultados entre los muertos. Algunos, para sustraerse á tantas penas y calamidades, se obstinaban en no tomar alimentos, prefiriendo una presta muerte á una larga pero triste y mísera vida.

Apenas se acercaban los buques al muelle, brincaba Claver á bordo. ¡En medio de esos infelices hallaba su mayor dicha!... Con gestos, cuando no eran entendidas sus palabras, les aseguraba que en su corazón tendrían el puesto más privilegiado. Exhortábales á deponer los temores y sospechas; prometíales libertarlos de la esclavitud del pecado, más detestable aún que la de sus amos; les anunciaba una felicidad eterna; les señalaba el Cielo, única patria que debían desear y amar; y les decía que esa eterna felicidad difícilmente la hubieran alcanzado si no hubieran sido transportados á Cartagena. Asegurábales que los cuidaría como hijos, y apelaba al testimonio de los esclavos cristianos. Éstos, que habían disfrutado de los paternales cuidados de Claver, aprobaban, y referían á sus compañeros de desdicha los inmensos beneficios que de ese santo sacerdote habían recibido. Los animaban y consolaban manifestándoles que en él habían hallado siempre un sincero amigo, un insigne bienhechor, un caritativo abogado.

El ardiente amor del padre Claver se revelaba en su mirada, en sus gestos, en sus movimentos. Era evidente que no se necesitaba mucho para que aquellos pobres esclavos se dejaran conquistar. Parecía que hubiera simpatía entre el noble corazón del apóstol y los espíritus sal-

vajes de los míseros africanos. Commovidos quedaban éstos al mirar al celoso jesuíta. Aquella ternura, desconocida para ellos hasta entonces, los llenaba de asombro. El Santo llevaba conservas, frutas, limones, aguas de olor, licores y cuanto podía gustarles; pues decía que primero era menester hablarles prácticamente, á fin de poderles hablar espiritualmente en seguida. Saludábales afectuosamente como un padre á sus hijos. Les recomendaba que desterraran de su corazón toda clase de temor.

« No creáis, hijos míos, les decía, que se os va á hacer daño alguno. No, aquí no solamente no se os quitará la vida temporal, sino se os dará otra vida que jamás se acabará. Os amo, os quiero entrañablemente y deseo haceros felices; deseo romper las cadenas con que os tiene atados el enemigo de vuestras almas; yo os libraré de su terrible esclavitud, os defenderé de sus asechanzas. Seguidme con confianza, venid á este corazón que suspira por vuestro bien y anhela daros un tierno abrazo. »

Y á todos los abrazaba con cariño verdaderamente paternal.

Después hacía la distribución de las provisiones, cuidando de tratar mejor á los débiles y á los pequeños. Si hallaba alguno muy abatido por las fatigas de la penosa navegación, excitaba sus entorpecidos miembros y les comunicaba fuerza con alimentos y bebidas apropiadas. Ayudábales á desembarcar, les daba la mano, los acompañaba á sus chozas y los dejaba instalados. Prodigaba á los enfermos atenciones más tiernas aún. Iba él mismo á los rincones del buque en donde estaban tendidos y exánimes, cargábalos sobre sus hombros y los llevaba á unas carretas que tenía preparadas. Los colocaba con cuidado en colchones que había pedido de limosna y con mil recomendaciones daba orden al arriero de que los trans-

portara á la próxima negrería. Lo mismo hacía con los niños recién nacidos.

Cuando estaban todos en sus habitaciones, se informaba del número de niños que habían llegado, y de una vez los bautizaba. También purificaba con las regeneradoras aguas bautismales á los enfermos que estaban en peligro de muerte. Se ha notado como cosa milagrosa que muchos, ya infantes, ya adultos, espiraban poco después de recibido el santo bautismo. Casi parecía que el Señor les conservara la vida para satisfacer el celo de su fiel siervo ó para recompensar su inagotable caridad, proporcionándole el goce de ver á esas almas volar al Cielo.

Al acabar de administrar los principales sacramentos á los más graves, pasaba á los otros enfermos. Los lavaba, los aseaba, los vestía, les vendaba las úlceras, les daba los alimentos, los acostaba, les hacía los servicios más viles y repugnantes; en seguida los abrazaba con caritativo afecto, y besándolos á veces se despedía. ¿Qué madre podría prestar más esmerada asistencia á un hijo enfermo?

Semejantes finezas de amor renovaba siempre que había desembarque de negros. Apenas se le anunciaba la llegada de un buque, iba al puerto con el mismo aparato de caridad, con los mismos regalos, con la misma abnegación, con el mismo desprendimiento, con el mismo heroísmo.

Cuando se separaba Claver de aquellos infelices *recién llegados*, ya se había granjeado su simpatía y afecto. Los dejaba en sus habitaciones, prometiéndoles volver, y se retiraba con la firme persuasión de conquistarlos á todos para Jesucristo.

¡Cuánto puede la caridad cristiana! « Ésta, dice san Pablo, vence todo obstáculo, supera toda dificultad; nada hay, nada, que pueda separar al hombre de ella. » El ad-

mirable apóstol de Cartagena nos ha dado la más evidente prueba. Conocía la índole salvaje de los esclavos á quienes debía tratar; sabía que era empresa ardua predicarles los misterios divinos y hacerlos practicar las máximas evangélicas; comprendía que si deseaba obtener algo, debía contrariar la propia naturaleza, vencer la inevitable repugnancia que el contacto con semejantes seres le causaría. Mas no importa. Á todo estaba dispuesto, cualquier sacrificio le era grato y llevadero, pues la caridad lo estimulaba. *Charitas Christi urget me* (la caridad de Cristo me excita), escribía el Apóstol de las gentes, y esa misma caridad, que fué siempre el móvil de todos los siervos del Señor, excitaba también á nuestro santo. Con suma penetración calculaba el valor de las almas, sabía que éstas son inapreciables, puesto que un Dios no ha vacilado en derramar toda su sangre preciosísima para salvarlas. Meditaba lo que el Divino Redentor había sufrido por ellas. ¡Hasta á los azotes y á las bofetadas se había sometido; se había convertido en el ludibrio del mundo entero, había cargado pesadísimo madero, se había dejado llevar á un patíbulo infame, había aceptado la muerte de un malhechor. ¿Cómo podía Claver al recordar tales sacrificios de su Salvador, arredrarse por los que á él le exigía la salvación de las almas? Encendido en vivísimo amor para con su Dios, inflamado su pecho por la abrasadora llama de ese fuego divino, sentía placer en sufrir, gozaba en seguir las huellas de su Maestro y Salvador. Y cuando alguno le exhortaba á enfrenar su celo, contestaba:

« ¿Ignoráis lo que Cristo ha hecho y sufrido por las almas? ¿Qué es lo que yo hago? ¿Acaso los pocos padecimientos que debo soportar en el ejercicio de mi ministerio, valen una simple gota de la sangre de nuestro Divino Maestro? Si no tuvo Jesús consideración alguna

por sus inmaculadas carnes, si las dejó martirizar con tanta crueldad, ¿por qué trataré yo delicadamente á este miserable cuerpo, que al fin será pasto de viles gusanos? No se quejó Cristo cuando colocaron sobre sus sienes una corona de agudísimas espinas, ¿y no podré yo aguantar un poco de fetidez? No lanzó una palabra de dolor cuando le clavaron bárbaramente á una cruz, ¿y me fijaré yo en las insignificantes y despreciables penas que los esclavos me proporcionan? ¡Ah! mi Jesús murió por mí, y ¿por qué no he de morir yo también por Él á fin de satisfacer su sed de almas? ¿Por qué no he de emplear los cortos días de mi vida sirviéndole debidamente en la persona de los infelices? ¿No es á Él mismo á quien se hace todo el bien que á nuestros dolientes prójimos proporcionamos? Sí, Él lo ha dicho. ¡Oh, concédame Dios la fuerza suficiente para sacrificarme en el cumplimiento del sagrado precepto de la caridad, por Él impuesto á los hombres! ¡Ojalá pueda derramar también mi sangre por salvar las almas confiadas á mis cuidados! »

¡Tales eran las disposiciones del heroico Pedro Claver!

CAPÍTULO X

Los habitaciones de los negros. — Método que tenía san Pedro para instruír á los esclavos.

1. *Hic erat edoctus viam Domini et fervens spiritu loquebatur, et docebat diligenter ea quæ sunt Jesu.*
(Act. Apost., c. XVIII, v. 25.)
Él era instruído en el camino del Señor, y hablaba con fervor de espíritu, y enseñaba con diligencia lo que pertenecía á Jesús.

2. *Qui docti fuerint, quasi splendor in firmamento*

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
BIBLIOTECA

et qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ in perpetuas æternitates. (Dan., c. XII, v. 3.)

Los que hayan sido sabios, brillarán como la luz del firmamento; y los que hayan educado á muchos para la justicia, como estrellas por toda la eternidad.

3. *Dominus dabit verbum evangelizantibus, virtute multa.* (Ps. LXVII, v. 12.)

El Señor dará gran facundia á los que anuncien su evangelio.

La codicia humana, siempre insaciable, siempre ávida de lucro, no se conformaba con dejar carecer de todo á los pobres esclavos durante los viajes, y someterlos sin descanso á durísimos trabajos, para acumular más y más riquezas. Ni siquiera les proporcionaba convenientes habitaciones, donde pudieran abrigarse y tomar descanso en las cortas horas de libertad que les eran acordadas. En efecto, los lugares destinados para los negros no merecían el nombre de viviendas, sino de pocilgas. Cuatro paredes desnudas, un suelo húmedo y un mal construído techo: ¡he aquí la morada de esos desdichados! Una ó dos ventanas y la puerta eran las únicas aberturas por donde penetraban luz y aire para centenares de individuos. Á veces estaban éstos tan aglomerados, que no había espacio suficiente para que los cuerpos extenuados por las fatigas pudieran tenderse en el suelo. Hombres y mujeres, ancianos y niños, enfermos y sanos, estaban todos confundidos. Abandonados por los pudientes en una completa privación de lo más necesario para la vida, perecían miserablemente sin excitar el menor sentimiento de piedad en el corazón de los que al pasar echaban una mirada á semejantes cuevas.

Fácil es comprender que la atmósfera de las negrerías debía estar siempre infestada, pues era imposible que la pequeña corriente de aire que en ellas se establecía, pudiera bastar para tantos pulmones. Nadie podía asomarse

sin sentir revuelto el estómago. Añádase la fetidez que exhalaban constantemente aquellos desaseados cuerpos. Cuando aumentaba el número de los enfermos, que de ordinario era considerable, ó se desarrollaba alguna epidemia, cosa que acontecía con frecuencia, la hediondez se hacía insoportable á los mismos esclavos.

Antes que nuestro santo penetrara á esos almacenes de carne humana, á infundir á sus infelices moradores la esperanza de una futura patria, horribles gritos de desesperación se elevaban al Cielo, y con execrables maldiciones se oía invocar la muerte, único consuelo que quedaba á quienes tan dura vida arrastraban.

Pues esos hediondos y repugnantes lugares eran los jardines de delicia de san Pedro Claver. ¡Allí en medio de tanto horror, rodeado de tantas miserias, pasó el heroico sacerdote durante cuarenta años no interrumpidos la mayor parte de sus días, allí recogió con insuperable celo abundantísima mies de almas! ¡Oh cristiana caridad, de cuántas maravillas haces capaces á los corazones generosos!

Purificar las almas, iluminarlas, consolarlas, inducirlas á amar la virtud, libertarlas de la tiranía de las pasiones, y someterlas al suave yugo de Jesucristo: ¡he aquí la misión del verdadero ministro del altar en el mundo! Para cumplir con tan elevada misión hay dos medios: la oración y la predicación, ó en otros términos, el deber de hablar de los hombres á Dios, y el derecho de hablar de Dios á los hombres. San Pedro conocía las dificultades del apostolado, sabía que la conversión de los infieles no es obra de las criaturas, que es solamente Dios quien puede cambiar los corazones, iluminar las inteligencias y mover los espíritus á someterse á los misterios de la fe. Comprendía que al misionero corresponde solamente elevar sus manos al Cielo y rogar por las almas confiadas á sus cuidados

Por tanto, persuadido de que jamás hubiera recogido fruto alguno de sus trabajos, sin ocurrir á la oración, de día y de noche recomendaba á la Divina Misericordia sus ovejas, y le pedía que las convirtiera y salvara. En las largas y fervorosas plegarias estaba el secreto del valiente obrero evangélico. ¡Con ellas ganaba tantas almas á la Iglesia! Y después de sus victorias, convencido de que sólo Dios puede obrar la conversión de los pecadores, y de que nada valen los esfuerzos de los hombres sin el auxilio de lo alto, repetía las palabras de Pablo: « Yo planté, Apolo regó; pero Dios es quien ha dado el crecimiento. Y así ni el que planta vale nada, ni el que riega; sino Dios, que es el que da el crecimiento [1]. »

Después de la oración, la santa palabra de Dios era el medio más poderoso de que se valía el apostólico varón para convertir á los esclavos. Daba á la predicación la alta importancia que merece; todo el tiempo que le quedaba libre de los demás ejercicios, lo consagraba á preparar pláticas en aquellas difíciles lenguas africanas que mejor conocía. Estudiaba de memoria las preguntas y respuestas tocantes á los principales misterios de la fe, para poderlas repetir con facilidad. Se requerían verdaderamente la abnegación, la caridad, la paciencia y el celo de un santo, para atender á la instrucción de los esclavos, como lo hacía el padre Claver. Sigámosle un instante, acompañémosle á una de esas cuevas, para admirar su virtud.

Antes de salir de la casa iba á la capilla, se arrodillaba delante del Santísimo Sacramento y se extasiaba en férvidas preces para atraer las bendiciones divinas sobre sus

[1] *Ego plantavi, Apollus rigavit; sed Deus incrementum dedit. Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed qui incrementum dat, Deus.* (*Ep. I ad Cor.*, c. III, v. 7.)

apostólicos trabajos. En seguida suplicaba á dos de los intérpretes que lo acompañaran, y se dirigía á las *negrerías*.

Un viejo manteo, un crucifijo colgado al cuello, un sencillo bastón terminado en forma de cruz y dos alforjas, formaban el aparato de guerra con que marchaba á abatir los ídolos que dominaban los corazones de los pobres africanos. En una de las alforjas llevaba roquete, estola, santos oleos, rosarios, medallas y estampas; en la otra llevaba comestibles y licores para alentar á los débiles y enfermos. Por éstos comenzaba su visita, consolándolos uno por uno, informándose minuciosamente del estado de su salud, y administrándoles los santos sacramentos cuando la necesidad así lo exigía. Como de ordinario esos infelices caían enfermos á consecuencia del aire pestífero que respiraban continuamente en sus habitaciones, el santo jesuíta los reanimaba dándoles bebidas refrigerantes y haciéndoles aspirar esencias olorosas.

En seguida comenzaba á instruír á los demás. Generalmente los dividía en tres clases. Á la primera pertenecían los que se sabía ciertamente que habían recibido el bautismo. Á éstos les colocaba una medalla con los nombres santísimos de Jesús y María, recomendándoles que la conservaran preciosamente y la llevaran como señal de la fe cristiana que habían abrazado y prometido profesar hasta la muerte. La segunda clase se componía de aquellos cuyo bautismo era dudoso, por no haberse podido averiguar con certidumbre si ya habían sido purificados por este sacramento. También les daba una medalla, pero diferente de la que tenían los de la primera clase. Los que todavía no habían sido bautizados constituían la tercera categoría, y no llevaban distintivo alguno.

Después de haberlos ordenado según la clase á que pertenecían, el santo varón se arrodillaba en medio de sus

negros, y oraba un instante. Cuando elevando los ojos al cielo murmuraba la plegaria de introducción, tan angelical expresión tomaba su rostro, que dejaba admirados á los salvajes. En seguida se levantaba y comenzaba la primera instrucción. Esta consistía en enseñarles la señal de la cruz. La hacía él mismo con mucho despacio y pronunciando distintamente las palabras, para que todos pudieran seguirlo é imitarlo. Repetíala varias veces, y después obligaba á cada uno á hacer lo mismo. Animaba á los que habían retenido bien la fórmula ordinaria y no se equivocaban en llevar la mano, ora á la frente, ora al pecho, ora á los hombros, dirigiéndoles palabras de encomio; pero reprochaba dulcemente á los otros por su poco interés y esmero en aprender las cosas de Dios. No se cansaba, sin embargo, volvía á principiar la lección y la repetía hasta que todos la supieran. A veces empleaba dos y tres días para enseñarles á santiguarse.

¡Cuánta paciencia! Si para la señal de nuestra redención, cosa sencilla y fácil, se necesitaba tan largo tiempo y tan enorme trabajo, ¡cuánto costaría al Santo darles siquiera algunas nociones de los principales misterios de la fe! ¡Cuán ardua empresa sería hacer entrar en esas obtusas inteligencias la idea de un Dios uno y trino, de una vida futura, de la eternidad, de la inmortalidad, etc., etc.! Pero Claver conocía muy bien cómo debía tratar con sus esclavos, sabía que era menester hablarles á los sentidos; por consiguiente mandó pintar grandes cuadros que representaran de una manera sensible las verdades católicas. Para infundirles, por ejemplo, la esperanza de conseguir la vida eterna, y animarlos á soportar con conformidad los trabajos que en este valle de lágrimas se encuentran, les mostraba un retablo en que estaban representadas la *Gloria celestial* y la vía para subir á ella. Veíase á un lado un coro

San Pedro Claver enseña á los negros los principios de la religión.

de grandes damas y preciosas doncellas, que hacían corte á una excelsa matrona rodeada de brillantísima luz y adornada como augusta reina, figura de la Virgen Santísima; al otro lado se contemplaba un grupo de nobles guerreros que festejaban á un sublime rey sentado en elevado trono, en cuyo remate se leían las palabras *Gloria al Altísimo*. Un camino estrecho, difícil y sembrado de abrojos conducía de la tierra hasta aquel lugar de delicias. Una multitud de negros se esforzaban en subir por ese camino, deseosos de participar también de aquel glorioso triunfo.

De esta manera lograba el Santo hacer entender á los esclavos que con el amor á los sufrimientos, con la paciencia y la resignación en las calamidades, entrarían después de la prueba á la corte del Gran Rey del Cielo. Por cierto caía como bálsamo en esos corazones tan consoladora verdad, pues la esperanza de un premio futuro los animaba al trabajo, les hacía soportable su mísera condición, y á veces les hacía agradables hasta los malos tratamientos.

Para inspirarles sentimientos de amor y de gratitud hacia Dios, mostrábales un gran crucifijo y les explicaba que el condenado á morir en ese madero era el Hijo de Dios, quien para salvar á los hombres se había dejado sacrificar de una manera tan ignominiosa.

Cuando los exhortaba á cambiar de vida, á dejar las malas costumbres, á odiar el pecado, á aborrecer el vicio, á entregarse á la práctica de la virtud, en suma á despojarse del *hombre viejo* para revestirse del *nuevo*, se valía de un símil muy original pero sumamente expresivo y apropiado al corto entendimiento de los esclavos. Se frotaba la piel, é introduciendo las uñas lo más profundamente posible en las carnes, exclamaba: « Hijos míos, tenemos que imitar á la serpiente, que se despoja de su piel

vieja para tomar otra nueva más linda y más brillante; abandonemos las inclinaciones perversas que nos dominan, y amemos las cristianas virtudes. »

Pasaba largas horas el Santo en estos molestos ejercicios, y aunque se sintiera cansado hacía esfuerzos supremos para continuar en su meritoria tarea. Muchas veces perdía todo el vigor y las fuerzas.

Empero crecía sobremanera el trabajo del santo varón cuando había que tratar de cosas más difíciles, como por ejemplo, de los sacramentos, del símbolo apostólico, de los preceptos divinos y eclesiásticos. Poco á poco y con una paciencia superior á la de Job, conseguía sin embargo que todos los aprendieran de memoria y comprendieran su significación. Insistía peculiarmente sobre las virtudes teologales. Á más de dar explicaciones acerca de su naturaleza, importancia y necesidad, con términos y figuras al alcance de sus ignorantes hijos, los exhortaba á hacer frecuentes actos de fe, esperanza y caridad; pues decía que poco le importa á uno saber lo que debe creer, esperar y amar, si después se descuida en la práctica. No concluía por consiguiente ninguna instrucción, sin hacerles repetir cortos pero fervidos actos de amor, de fe y de esperanza.

Sólo con semejante método podía Claver obtener algún resultado de sus pláticas. Es verdad que la cosecha era lenta, pero era segura y abundante. Poco á poco se persuadían los negros de lo que el santo jesuíta les predicaba, manifestaban deseos de recibir el santo bautismo y prometían sinceramente que se mantendrían fieles á los preceptos de nuestra santa religión católica.

Cuando había ya un buen número de catecúmenos suficientemente instruídos, les acordaba la gracia que con instancias vivas le pedían aquellos pobres negros. Establecía el día del bautismo. Procuraba dar mucha solem-

nidad á la ceremonia, para infundir á todos una gran estimación por ese sacramento y sus admirables efectos. Escogía á los padrinos y á las madrinas entre los cristianos más fervorosos y más exactos en el cumplimiento de los deberes religiosos.

Llegado el día fijado, erigía el Santo un decente altar en la negrería en donde debía verificarse la función. Exponía también un gran cuadro alusivo al solemne acto. Representaba con vivos colores la imagen de Nuestro Señor crucificado, que manaba de las sagradas llagas cinco fuentes de sangre; ésta se recogía toda en una gran pila. Al lado se veía un venerando sacerdote revestido con lindísimos ornamentos, que sacaba de la pila el precioso líquido y lo derramaba sobre la cabeza de un negro humildemente arrodillado á sus pies. En derredor de la cruz se hallaban muchos sumos pontífices, grandes emperadores y poderosos reyes en aptitud de ensalzar la misericordia de Dios, tan liberal para con sus criaturas. En el fondo del cuadro aparecían á un lado algunos negros graciosamente adornados, figura de los que habían recibido el santo bautismo, y á otro lado muchos negros deformes, monstruosos y rodeados por terribles demonios. Eran éstos los que se restituían á abrazar la fe de Jesucristo. Un efecto verdaderamente mágico producía semejante retablo en los ánimos de los esclavos. Siempre que se exponía, infundía tanto temor á los obstinados, que iban á pedir al padre la gracia de ser admitidos también entre los catecúmenos; y por el contrario despertaba tanto fervor en los otros, que hacían mil promesas y protestas de fidelidad.

Arreglado el altar debidamente, ponía en orden á los que iban á ser bautizados, dividiéndolos en grupos ó series. Cada serie constaba de diez, los cuales llevaban todos el mismo nombre. Era ésta una piadosa industria á que

recurría el santo jesuíta, para que ninguno olvidara el propio nombre de bautismo.

Cuando los grupos estaban formados, se postraba el celoso ministro del altar ante el cuadro, ofrecía á Jesucristo todas aquellas almas rescatadas con su sangre preciosísima y le suplicaba que derramase sobre ellas abundantes gracias. Se levantaba en seguida, y principiaba á bautizar á los hombres. Concluídos éstos, pasaba á las mujeres y finalmente á los niños. Rezaba con gran devoción todas las oraciones prescritas en el Ritual, observaba con exactitud los ritos y las ceremonias mandadas por la Iglesia. Cuando llegaba el momento solemne de aplicar la materia y pronunciar la fórmula del sacramento, los mandaba arrodillar, les hacía cruzar los brazos sobre el pecho, y mostrándoles el agua purificadora, hondamente conmovido, les decía:

«¡He aquí el agua saludable que en virtud de los méritos de Cristo purifica el alma, quitándole toda mancha de pecado y devolviéndole la brillante pureza de la inocencia perdida por nuestro primeros padres! ¡He aquí la fuente de gracia que forma los verdaderos hijos de Dios y les da derecho al reino celestial! Para que en vosotros también obre estos admirables efectos, es preciso que detestéis de todo corazón vuestros pecados y renunciéis enteramente al demonio. ¿Estáis resueltos á hacerlo? ¿No creéis en Jesucristo? No queréis entrar al seno de su Iglesia y recibir el santo bautismo?»

Dos ó tres veces repetía el santo varón estas palabras, para estar seguro de que todos las habían comprendido. Aguardaba que cada uno contestara afirmativamente á sus preguntas, y demostrara vivo deseo de ser cristiano; en seguida los bautizaba y les suspendía la medalla con los nombres de Jesús y María.

Cuando concluía de administrar el santo sacramento, tomada su crucifijo, y levantándolo con la derecha, de manera que fuera visto por todos, los animaba á guardar como tesoro la fe cristiana:

«Mirad, hijos míos, les decía, hasta qué punto ha llegado su amor por nosotros! Los más crueles sufrimientos, los más viles ultrajes, la muerte misma ha aceptado para salvarnos. Él quería borrar nuestros pecados, quería satisfacer nuestras deudas, quería rescatar nuestras almas de la esclavitud del demonio, y no ha reparado en sacrificio alguno. Después que Él padeció tanto para abrirnos las puertas del Cielo, para hacernos dignos de los inapreciables privilegios de cristianos, ¿volveremos á ofenderle? ¿Continuaremos ultrajándolo con una conducta contraria á sus máximas? ¿Seremos tan ingratos que correspondamos á sus bondades con otros insultos? ¿Lo crucificaremos nuevamente, imitando á los judíos? ¡Ah! ¡vedlo cómo está cubierto de úlceras! ¡ved la sangre que derrama, ved sus carnes despedazadas! ¿Por qué tanto martirio? Por nosotros. Con esas agudísimas espinas ha satisfecho á la divina justicia por nuestros malos deseos, por nuestros impuros pensamientos; aquel costado fué abierto por los afectos mundanos que nos dominan; esos clavos que transpasan sus sagrados pies y sus inmaculadas manos, son los que nosotros le pusimos con tantos actos pecaminosos como hemos consumado. ¡Ah! no vayamos, después de haber recibido su beso de paz, después de haber recibido su tierno abrazo de padre, á declararle la guerra, á alistarnos en las falanges de sus enemigos. Fuímos llamados todos bajo el estandarte glorioso de Jesucristo, fuímos admitidos á tomar parte en sus combates y en sus triunfos, ¡no desmayemos! Nadie abandone bandera tan santa y victoriosa, nadie deserte del campo en que estamos com-

batiendo, ¡seamos todos fieles á nuestro Salvador, á nuestro Redentor!

Conmovidos los pobres negros recién convertidos por estas ardientes exhortaciones, y más todavía por las lágrimas con que el Santo las acompañaba, contestaban con clamores y sollozos. En aquellos momentos de fervor Claver les hacía exclamar en coro:

« Jesucristo, Unigénito de Dios, Vos sois nuestro padre, nuestra madre, nuestro tesoro, todo nuestro bien. Os amamos de corazón. Tenemos un sincero y profundo dolor por haberos ofendido. Señor, os prometemos que en adelante no os abandonaremos jamás. Nuestras fuerzas, nuestras almas, nuestros cuerpos, todo lo que somos os lo consagramos enteramente á Vos, por el tiempo y la eternidad. Os queremos sobre todas las cosas, os amamos entrañablemente, os preferimos á nuestra propia vida. No permitáis que caigamos en pecado. ¡Ah! ¡enviadnos primero la muerte mil veces! Más grato será para nosotros morir, que vivir en enemistad con Vos. »

Al fin no pudiendo contener la alegría y el júbilo que le causaban tantos esclavos regenerados y animados de los mejores sentimientos, llorando los abrazaba á todos, los estrechaba cariñosamente, felicitábalos por la bella suerte que les había tocado, y les aseguraba que permaneciendo fieles á la divina Bondad por el beneficio recibido, nunca se verían desamparados.

Tampoco se mostraban menos afectuosos los nuevos cristianos con su querido padre. Bellísimos eran los sentimientos de gratitud y de amor con que correspondían á la abnegación y heroísmo de Claver. Dignamente le recompensaban de los trabajos que éste había soportado siempre y en todas partes para convertirlos, instruírlos y salvarlos. No hubieran querido separarse de él. En él fundaban

todas sus esperanzas, á él ocurrían cuando necesitaban consejo en algún negocio ó consuelo en alguna calamidad. Su vista bastaba para alegrarlos, para disipar toda melancolía y amargura. Cuando lo hallaban en la calle, corrían entusiasmados á saludarlo. Se inclinaban profundamente ante él, según la costumbre de sus países; le besaban las manos, la sotana y hasta los pies, y gritaban: «¡Viva nuestro padre, nuestro maestro, nuestro protector!»

Con el amor se conquistan los corazones, se ganan los espíritus, y se convierten las almas. Viendo muchos que la humana índole se inclina generalmente al mal, se entristecen y preguntan: *¿Cómo se puede mejorar á los hombres?* La contestación se encuentra en todas las páginas del Evangelio: *Hay que amarlos á pesar de todo... amarlos siempre...* Dios no quiso que fuera posible hacerle bien al hombre si no se le ama. La multitud pertenece al que más la ama. Toda la vida de Claver lo está proclamando. ¿Por qué logró convertir á tantos infieles? Porque amó mucho.

¡Oh cuán tierno afecto tenía para con sus negros! Desde el momento en que le fué confiada la suspirada misión entre ellos, no se consideró perteneciente á sí mismo, se hizo todo de todos, comenzó á vivir para los otros, á ocuparse exclusivamente del bien de sus prójimos. Se impuso esto como sublime deber del ministerio sacerdotal, y sin embargo no creía cumplir todavía con perfección sus obligaciones. Su caridad, que en todo pensaba, á todo se extendía, nunca estaba satisfecha, buscaba siempre nuevas ocasiones para ejercitarse.

Todas las veces que entraba al puerto de Cartagena un buque negrero, el capitán tenía que declarar los nombres respectivos de los negros que llevaba, presentar conocimientos como para las demás mercancías, y pagar una con

tribución por cada esclavo. Acontecía, pues, que muchos comerciantes se ponían de acuerdo con los capitanes para que una parte de los esclavos fueran desembarcados en las costas inmediatas. Aquellos infelices eran introducidos después furtivamente á la ciudad y guardados en las casas hasta que se presentara la ocasión oportuna de una venta, ó de un envío de operarios á las minas. Si la avaricia de los mercaderes era tan astuta y refinada que sabía engañar á las autoridades civiles, no lo era bastante para impedir que la caridad de san Pedro descubriera dónde había almas que salvar. No podía suceder que al celo del digno ministro del altar pasara inadvertida la existencia de esos desdichados seres. En efecto, mandaba el venerando padre á algunos de los intérpretes más inteligentes á hacer pesquisas, sugiriéndoles la manera más fácil de introducirse á las casas y encontrarse con sus compañeros. Por cierto sabían éstos seguir con mucha pericia los consejos de Claver; entraban con cualquier pretexto á los almacenes de los comerciantes que se ocupaban en aquel tráfico, hablaban con los demás esclavos, les hacían mil preguntas, y exploraban tanto que por fin llegaban á conocer el número y hasta los nombres de los que estaban escondidos. Hecho el descubrimiento, volvían los intérpretes en otra ocasión, y so capa de amistad ó parentesco, pedían el permiso de tener una entrevista con ellos. Aprovechaban aquellos preciosos momentos para hablarles de la fe, de los inmensos bienes que al alma proporciona el santo bautismo, de los goces celestiales y puros que experimenta el cristiano ferviente. No dejaban de hablarles de cierto padre Claver, que ardía en amor por todos los esclavos; de los regalos y caricias que les prodigaba; é insistían tanto, que al fin los encarcelados manifestaban el deseo de conocer al padre. No se requería más. Avisado el siervo

de Dios, corría inmediatamente á visitarlos; y aunque encontrara dificultades de parte de los dueños, quienes temían ser descubiertos, sin embargo con la amabilidad de su trato, con la eficacia de sus argumentos, y sobre todo, con la promesa de guardarles el secreto, lograba llegar hasta los negros, instruirlos y bautizarlos. Como es fácil suponer, no era éste un trabajo sencillo, pues no se trataba de explicar la doctrina católica una sola vez, sino tantas veces cuantas eran las diferentes casas en que se hallaban tales infelices. Y á la ímproba labor de enseñar, también se añadía el continuo movimiento de Claver, quien á pesar de estar cansado y empapado en sudor, se veía obligado á correr de un lugar á otro para atender á todos. Solamente la gracia divina podía dar fuerzas al Santo para tantos trabajos.

Sus instrucciones las hacía de pie ó arrodillado; á veces se apoyaba en un objeto cualquiera. Nunca usaba asiento, éstos los reservaba para sus intérpretes y sus amados negros. De cuando en cuando algunos amos iban á asistir á los ejercicios. Viendo á los esclavos con más comodidad que al admirable apóstol, y no comprendiendo el espíritu de excesiva abnegación y humildad de éste, se indignaban y querían castigar á los pobres salvajes por semejante falta de respeto. Se oponía el Santo, y con benevolencia defendía á sus amados hijos, del modo siguiente:

« Soy yo quien los he colocado como están. Señor mío, todo se hace aquí por ellos, luego los mejores puestos les son debidos. ¡ Yo no soy nada, absolutamente nada! He venido solamente por ellos; ¡ permita usted, señor, que las cosas se hagan así! »

El número de negros que desembarcaban en Cartagena ascendía generalmente á doce mil cada año. Era tarea de Claver instruirlos á todos en los rudimentos de la fe y pu-

rificarlos con las aguas bautismales. Distribuyendo proporcionalmente el trabajo, se verá que no le faltaban nunca mil esclavos que enseñar en cada mes.

¡Cuánta actividad! ¡Cuánta consagración!

CAPÍTULO XI

El Santo cultiva con esmero las almas conquistadas ya para Cristo. — Destruye varios abusos arraigados entre los negros. — Sus extraordinarios trabajos en la cuaresma.

1. *Ecce constitui te... ut evellas, et destruas et dispergas, et dissipes et ædifices et plantes.*
(Jerem., c. I, v. 10.)

He aquí que te he escogido para que arranques, y disperdicies, y disipes, y edifiques, y plantes.

1. *Si viderimus fratrem, qui ad domum Dei pertinet, superbia tumidum, detractionibus assuetum, ebrietati servientem, luxuria enervatum, iracundia turbidum, si alio cuiquam vitio substratum, studeamus... castigare, polluta ac perversa corrigere.*
(Ven. Beda, Com. in Joan., c. II.)

Si vemos á un hermano perteneciente á la Iglesia de Dios, dominado por el orgullo, acostumbrado á la maledicencia, entregado á la embriaguez, enervado por la lujuria, entregado á la cólera, ó esclavo de cualquiera otro vicio, procuremos castigarlo y corregir sus malas y perversas tendencias.

3. *Zelus itaque utiliter flagellat servum, salubriter corrigit filium.* (Hug. in Johelem.)

El celo se vale útilmente del azote con el siervo, y corrige saludablemente al hijo.

El premio no es de quien apenas comienza, sino de aquel que continúa y persevera hasta el fin en la buena vía. « Ninguno que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios[1] », decía Jesu-

[1] *Nemo mittens manum suam ad aratrum et respicens retro, aptus est regno Dei.* (S. Luc., c. IX, v. 62.)

cristo. La salud eterna no se consigue tan fácilmente; se requiere constancia en la práctica de la virtud, si se desea alcanzarla decididamente. El Cielo es herencia de todos; á todos lo ha prometido nuestro buen Padre Celestial; para todos fueron abiertas sus puertas por los sufrimientos y la muerte del Redentor; pero está escrito que ha de ser forzado, y que sólo la violencia lo conquista[1]. No basta consagrarse á Dios en un momento de entusiasmo religioso; no es suficiente prometer amarle en los primeros ímpetus de fervor; hay que saberse sostener. Hay que permanecer firmes en los buenos propósitos, aun cuando se presenten dificultades, aun cuando, pasados los dulces alicientes de las delicias espirituales, con que Dios atrae á los principiantes, lleguen las arideces y se sientan las tentaciones. Hay que prepararse á ser fuerte también en las pruebas, para alcanzar el premio prometido á los justos. El Señor hace con nosotros lo que una madre con sus niños. Cuando están éstos muy pequeños y no pueden andar solos, los acompaña la dulce autora de sus días, los sostiene, los ayuda; pero cuando ya están grandecitos, cuando empiezan á adquirir fuerzas, los deja. Al principio nos asiste Dios con mayor abundancia de gracias, para sacarnos del pecado y encarrilarnos en la vía de la virtud; pero nos abandona después por momentos, para ver si sabemos marchar solos. Es en aquellos instantes cuando se siente el peso de la vida cristiana, es entonces cuándo se conoce que el servicio de Dios nos impone un yugo, aunque liviano y suave. Y es entonces cuándo debe uno estar firme en sus propósitos y continuar en la vía emprendida. Entonces más que nunca se necesita perseverancia.

[1] *Regnum cœlorum vim patitur et violenti rapiunt illud.* (S. Mat., c. XI, v. 12.)

San Pedro, que conocía bien el modo de guiar á las almas por los caminos del Señor, después de haberlas arrancado de las garras del demonio, no las abandonaba, sino procuraba consolidarlas en la virtud. Después de haberlas regenerado con el santo bautismo, duplicaba sus cuidados para perfeccionarlas y santificarlas más y más por medio de los otros sacramentos y de la oración. No omitía esfuerzo en hacer que sus negros convertidos perseveraran en la práctica del bien y en el cumplimiento de los deberes religiosos. Era un nuevo trabajo, muy pesado por cierto, el que se imponía; era incesante la vigilancia que debía tener; pero con gusto se sacrificaba para atender á sus queridos hijos y proporcionarles la verdadera felicidad, que consiste en la paz y la tranquilidad de conciencia. Aprovechaba todas las ocasiones, se valía de todos los medios para lograr su objeto.

Diariamente iba á visitarlos á sus pobres habitaciones. Siempre les llevaba algún regalito. Ora eran remedios para los enfermos, ora buenos alimentos para los convalecientes, ora dulces y golosinas para los niños. Entrando á las negrerías daba el saludo que el Divino Maestro acostumbraba dirigir á sus apóstoles y discípulos: *La paz sea con vosotros*. Los pobres esclavos se llenaban de alegría al ver á su buen padre, corrían todos á su encuentro, lo rodeaban y lo colmaban de caricias.

Su primera visita era para los enfermos, á quienes con dulces palabras exhortaba á la resignación.

« Mirad, les decía, mostrándoles el crucifijo, cuánto ha sufrido este buen Jesús por vosotros, ved el torrente de sangre que sale de sus llagas, contemplad este santo é inmaculado cuerpo que pende de una cruz, patíbulo infame reservado á los más grandes criminales. Voluntariamente ha abrazado el Salvador tantos padecimientos, con gusto

ha bebido el amargo cáliz del dolor hasta la última gota, y ¿por qué? Porque quería darnos un ejemplo del modo cómo debemos sufrir, porque quería aliviar nuestras penas, y consolarnos en nuestros dolores; porque quería igualmente hacernos comprender la enormidad del pecado, por los estragos que en su divina persona ha producido, porque quería desterrar del mundo la iniquidad y borrar nuestras culpas. ¿Os quejaréis, pues, vosotros de vuestras enfermedades? ¿No sabréis sufrir con paciencia unos cortos dolores en penitencia de vuestros pecados? ¡Oh! unid lo que sufrís á la pasión de Jesucristo, juntad vuestros padecimientos á los suyos y pedidle perdón de vuestras faltas. »

Después de haber excitado sentimientos nobles de conformidad en sus corazones, distribuía los remedios que había traído, aliviando así el espíritu y el cuerpo de los míseros negros.

En seguida reunía en derredor suyo á los bautizados y les hacía pequeñas pláticas especiales. Primero les explicaba de una manera fácil y sencilla los Mandamientos, que encierran todos los deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con los prójimos. Les recomendaba encarecidamente que los practicaran con empeño asegurándoles que solamente en la observancia de esos sublimes preceptos hallarían completa dicha, ya en la tierra, ya en el Cielo. Aclaraba también las dificultades con ejemplos y símiles muy apropiados, al alcance de tan obtusas inteligencias.

Del Decálogo pasaba á los mandamientos de la Iglesia. Insistía especialmente en la obligación de santificar las fiestas. Les enseñaba la manera de oír misa con devoción, les manifestaba el significado de las ceremonias sagradas, les recomendaba que acompañaran con el pensamiento al

sacerdote en las diversas partes del augusto y santo sacrificio. Les sugería actos de amor, de esperanza, de conformidad con la divina voluntad y de arrepentimiento, para que los repitieran cuando iban á la iglesia.

Punto muy importante, sobre el cual se detenía mucho el Santo, era la necesidad de los sacramentos y el modo de frecuentarlos. Siendo éstos las fuentes perennes de la divina gracia, siendo los canales, diremos así, por donde se comunican á los hombres los más privilegiados favores espirituales, Claver quería que sus negros los recibieran á menudo y con los debidas disposiciones. Por lo tanto, á más de instruírlos, los preparaba también él mismo, les hacía el examen de conciencia, los excitaba á la contrición y les fijaba el día en que debían acercarse al tribunal de la penitencia.

El hombre pertenece á Dios; cuanto tiene, cuanto posee, lo ha recibido de Él; luego es justo que á Él se dirijan todas sus acciones, todos sus pensamientos y deseos. El Santo, que nada hacía sino para la mayor gloria del Señor, se había propuesto que también los negros siguieran su ejemplo. Los exhortaba, pues, continuamente á elevar la mente al Cielo, á ofrecer el corazón al Altísimo, á dirigirle sus obras y trabajos. Así, no se conformaba el admirable padre con instruír solamente á los esclavos, sino les hacía también practicar la religión que les predicaba.

Los domingos, poco antes de comenzar la misa, iba él mismo á las negrerías para llevarlos en grupo al templo. Cuando las muchas confesiones no le dejaban tiempo para ir, no olvidaba á sus negros y enviaba alguno de los intérpretes ó de los hermanos coadjutores á reemplazarlo. El buen padre no subía al altar antes que estuvieran reunidos sus negros en la capilla.

Tanta aglomeración de gente poco aseada esparcía un

olor insoportable, que daba motivo á innumerables quejas de parte de las clases altas de la sociedad. Algunas señoras distinguidas protestaban, y decían que se quería excluírlas de la iglesia, que se pretendía humillarlas dando la preferencia á sus esclavas, que no se les permitía asistir á las funciones religiosas en el oratorio de la Compañía, y vituperaban con amargas censuras el celo del Santo. Éste, á todos los lamentos que oía, contestaba con el aire modesto y humilde que le era tan familiar:

« Los pobres esclavos son también cristianos, están igualmente obligados á cumplir con el precepto de la Iglesia; yo soy su pastor y su capellán, ¿cómo pues, no he de procurar que asistan á la misa? »

Tan dulce firmeza hizo acabar las murmuraciones.

Además de la misa, prescribe la Iglesia un completo descanso de todo trabajo material ó servil, en los días consagrados al Señor. En la misma ley mosaica estaba mandado: « Seis días trabajarás; el séptimo descansarás para que reposen tu buey y tu asno, y se refrigere el hijo de tu esclavo y el extranjero[1]. » Jamás hubiera consentido el padre Claver que uno de sus amados negros faltara á esta obligación sagrada. Gran vigilancia tenía para que todos cumplieran con este precepto eclesiástico, evitando obras serviles en los días de fiesta. Como había algunos que, careciendo de lo más *indispensable* para el propio sostenimiento, se veían tentados á trabajar, su caridad industriosísima buscó la manera de proporcionarles recursos. Su profunda humildad le sugirió presto un medio eficaz. Uno ó dos días en cada semana salía á la calle, é iba pidiendo de puerta en puerta. Tendiendo su bendita diestra,

[1] *Sex diebus operaberis; septimo die cessabis, ut requiescat bos et asinus tuus; et refrigeretur filius ancillæ tuæ et advena.* (Exod., c. XXIII, v. 12.)

exclamaba: *No dejéis perecer á mis pobres esclavos*. Cuando llegaba el domingo, tomaba lo que había colectado, corría á las negrerías, reunía á sus queridos hijos, rezaba unas cortas pero fervorosas oraciones para dar gracias al Altísimo por haberlos enviado esas limosnas; luego distribuía las provisiones, diciendo:

« He aquí, amados míos, he aquí algo con que reponer las fuerzas y sostener la vida temporal; cuidad ahora de la vida eterna. Sed fieles á las leyes de Dios y de la Iglesia, y no temáis que os falte cosa alguna. El Señor se ocupa de las aves del cielo, proporciona alimento á los peces del mar; ¿abandonará, pues, á sus hijos? No, Él no os dejará desamparados, siempre os protegerá. Cuanto más grande sea vuestro empeño en observar su ley, en cumplir con sus preceptos, mayores serán también las bendiciones que sobre vosotros derramará. Santificad estas pocas horas que se ha reservado, y recibiréis una generosa recompensa. »

De este modo evitaba la profanación de los días santos.

Empero el interés que el padre Claver tenía generalmente en hacer santificar las fiestas, crecía sobremanera cuando se acercaba alguna de las grandes solemnidades de la Iglesia. Muchos días antes, donde quiera que encontrara á sus negros, ya en la calle, ya en las casas, ya trabajando, ya descansando, les recordaba que estaba próxima una fiesta de la Virgen Santísima ó de Nuestro Señor Jesucristo, y añadía:

« Pueden ganar indulgencia plenaria los que confesando y comulgando, rueguen según la mente del sumo pontífice; hay que esmerarse en limpiar la conciencia, hay que aprovechar la gracia que en su infinita misericordia nos acuerda Dios. Á todos los espero en el confesonario en estos días. »

Y para facilitarles la manera de recibir los santos sa-

cramentos, se levantaba en aquellas circunstancias aun antes de la hora ordinaria, á pesar de que era ésta siempre muy temprana. Antes de las tres de la madrugada estaba el abnegado apóstol en el tribunal de la penitencia oyendo las confesiones de sus penitentes. Daba la preferencia á los negros, y cuando personas de alta categoría se confundían entre la turba que rodeaba su confesonario, con afabilidad y finura les decía :

« Yo soy el confesor de los pobres esclavos ; diríjanse á otro padre, no les será difícil encontrarlo. »

Algunos no se desanimaban por esto, retirábanse á un lado, aguardaban que se confesaran primero los esclavos, y al fin lograban también recibir los sabios consejos y la santa absolución del venerando padre.

Nada disgustaba más á Claver que oír palabras indecentes, ó peor todavía, blasfemias. Grandísimo era el odio que tenía contra este pecado. Por cierto la blasfemia ofende directamente á la Majestad divina, es una injuria lanzada contra Dios de una manera especialísima, contiene una insubordinación declarada contra el Altísimo, es en suma como un reto dirigido al Cielo. Por esto se hace más detestable y se considera más grave que cualquiera otra falta.

El Santo, deseoso de hacer comprender á los esclavos toda la fealdad y la malicia de la blasfemia, se mostraba muy severo con los que tenían costumbre de pronunciarla ; los reprendía fuertemente en presencia de los demás compañeros y les imponía una penitencia pública. De ordinario ésta consistía en obligarlos á besar el suelo, y cuando se prosternaban para ello, solía decirles con voz temblorosa y con las lágrimas en los ojos :

« ¿Quién eres tú, mísera criatura, que te atreves á atacar el Cielo? ¿Cómo tienes la osadía de ultrajar á la Majestad divina ? »

Semejante punición producía gran efecto en los otros, les causaba honda impresión y valía tanto como una prédica.

Generalmente cuanto los negros podían conseguir licores, no sabían contenerse; tomaban con exceso, perdían las facultades intelectuales y cometían graves desórdenes. Claver combatió enérgicamente este vicio. Á más de estigmatizarlo en sus pláticas con fuertes expresiones, castigaba á los que encontraba ebrios. Los avergonzaba públicamente y también los sometía á duras penitencias para hacerles comprender que á la intemperancia se debe oponer la mortificación. Algunas veces ocurría á la disciplina, y la aplicaba á los culpables delante de todos. De esta manera pudo el gran apóstol corregir á muchos en quienes estaba arraigado el repugnante vicio de la embriaguez.

Pero uno de los abusos que le costó gran trabajo destruír, fué cierta fiesta llamada *el llanto de los muertos*. Había un tiempo establecido en que hombres y mujeres se reunían de noche para llorar á sus difuntos. Hacían muchas ceremonias supersticiosas y paganas. Á más, la mayor parte se emborrachaban y caían en abominables desórdenes. El celo del Santo no podía contener la indignación contra tales excesos. Resolvió no tomar descanso hasta no ver abolidas tan salvajes costumbres. Ocurrió primero á la autoridad eclesiástica para que prohibiera los abusos que se cometían en aquella fiesta; pero observando que no se cumplía escrupulosamente lo dispuesto, se dirigió también á los magistrados y pudo obtener una absoluta prohibición para vender ó llevar cualquiera clase de bebida capaz de embriagar. Dios mismo le ayudó á coronar sus piadosos deseos, por medios extraordinarios que tenían algo de prodigioso.

La Iglesia establece dias de abstinencia durante el año, para recordarnos la obligación de satisfacer con algún acto de abnegación á la Justicia divina por nuestros muchos pecados. Á todos nos impone que mortifiquemos nuestras carnes y sometamos nuestro cuerpo á servidumbre. Pero se excusan fácilmente los cristianos de cumplir con las prescripciones de la Iglesia á este respecto; unos porque las juzgan demasiado gravosas y casi insoportables, otros porque se creen dispensados por su pobreza ú otros fútiles motivos.

¿Quiénes más pobres que los negros de Claver? ¿Quiénes más sobrecargados de trabajos que las infelices víctimas de la esclavitud? Sin embargo, el Santo los hacía ayunar tanto en la cuaresma y adviento, como en las témporas y vigilias de las principales fiestas del año. Todos somos pecadores; á todos, pues, nos toca hacer penitencia. El santo Evangelio declara sin ambajes que no se entra al reino de los Cielos sino por el camino de la mortificación: *Si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis*[1]. Por esto el celoso apóstol, á fin de que sus negros penetraran el espíritu de la Iglesia, no solamente los obligaba á observar las abstinencias y ayunos, sino les quitaba también los objetos de juego y diversión, diciéndoles:

« Este tiempo está destinado á llorar nuestras faltas; tenemos que castigarnos por los ilícitos placeres á que nos entregamos, privándonos de goces permitidos. Los cristianos no pueden, sin dar muestra de ingratitud, divertirse en una época que les recuerda los sufrimientos que un Dios ha soportado por ellos. »

[1] *Si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.* (S. Luc., c. XIII, v. 5.)

No transigía el Santo cuando se trataba de la observancia de las abstinencias prescritas por la Iglesia.

No se crea, sin embargo, que si era tan severo en semejantes ocasiones, en que se invita á los cristianos al llanto y al arrepentimiento, no concediera nunca á sus negros pasatiempo alguno. Eran ellos inclinados sobremanera al baile; cualquiera cosa hubieran sacrificado á esta clase de diversión. Era una verdadera pasión que los dominaba. Por otra parte, ajenos los ignorantes salvajes de la refinada malicia de la posterior ilustración, que al adelantar en general hizo también grandes progresos en el vicio, la corrupción y la inmoralidad, no abusaban de los bailes como sucede generalmente en los modernos festines. De cuando en cuando, pues, ocurrían los pobres esclavos á su buen padre, suplicándole que les permitiera bailar. El santo apóstol conocía bien la dura vida que esos desdichados llevaban en todo el año; por consiguiente les acordaba la gracia pedida con instancias vivas, pero les exigía la promesa de evitar las cuestiones, las rivalidades, los desórdenes. De ordinario mantenían la palabra dada á Claver, divirtiéndose por unas horas con sencillez; pero á veces sucedía que se tomaban algunas libertades y no cumplían con lo ofrecido. Presentábase entonces el santo varón con un crucifijo en la derecha y una disciplina en la izquierda, y les intimaba que suspendieran el baile. Si no era obedecido en el acto, metíase entre la muchedumbre y empezaba á distribuír disciplinazos. Abandonaban sus instrumentos los que estaban tocando, se daban á la fuga los otros, y sólo quedaban los culpables, quienes se postraban á los pies del padre, reconocían humildemente sus faltas y pedían perdón. Entonces los sometía éste á un castigo muy original. Los entregaba á personas piadosas y honradas, para que los tuvieran encerrados hasta

que los amos mandaran por ellos. También les exigía una pequeña limosna para el hospital de San Lázaro.

Parecerá algo extraño á nuestros lectores que el apostólico padre Claver, cuyo carácter era todo dulzura y mansedumbre, se valiera de tales medios para mantener el orden entre sus queridos negros; pero si se considera la naturaleza salvaje de esas gentes, fácilmente se comprenderá que era indispensable tomar tan enérgicas medidas, y se reconocerá que su celo no era sino la reproducción del que el Redentor mismo desplegó durante su vida mortal. ¿No era Jesús la misma bondad y santidad? ¿Y no se vió obligado á recurrir al fuete para reprender á los profanadores del templo? Á veces hay que mezclar lo amargo con lo dulce; no siempre la corrección dada bondadosamente produce el efecto deseado; por eso el Santo se mostraba fuerte en los momentos en que era necesario serlo. Empero la manera de proceder iba acompañada siempre de una admirable suavidad. En efecto, persuadido de que un buen consejo, una buena palabra dirigida amigablemente en ciertas circunstancias, da mejor resultado que una dura reprensión, cuando se trataba de faltas privadas ó de defectos personales, llamaba aparte á sus negros y con suaves expresiones los corregía, sin herir el amor propio ó excitar la susceptibilidad. Ora era un dicho de algún padre de la Iglesia, que ponía en consideración de su hijo espiritual, ora era un pasaje de la Sagrada Escritura que le repetía distintas veces para que lo meditara, ora era una sentencia proverbial con que estigmatizaba el vicio ó la mala costumbre que se proponía quitar. Cuando encontraba algún grupo de esclavos, tampoco dejaba de darles buenos consejos de una manera general. Dirigiéndose á los jóvenes, les decía :

« Hijos míos, no hagáis gran caso de vuestro vigor y

brío; á menudo los arbustos no se desarrollan en árboles, sino se secan y desaparecen; las flores no siempre dan frutos. »

Y á los ancianos :

« Pensad, amigos míos, que la casa está vieja y amenaza ruina ya. Confesaos mientras os queda tiempo y facilidad para hacerlo. »

Asombroso era el efecto que en aquellos corazones causaban las palabras, y más todavía, las miradas del padre. Por salvajes que fueran los esclavos, no podían resistir á sus caritativas amonestaciones, y menos podían soportar su vista sin conmoverse. Si por desgracia algunos se descarriaban, no permanecían largo tiempo en el mal camino, porque al fin asaltados por graves remordimientos, se veían obligados á volver al rebaño, á echarse de nuevo en los paternales brazos de su amado pastor.

También era favorecido el Santo de una manera muy especial por el Altísimo, pues en distintas ocasiones escudriñaba los corazones, penetraba las conciencias y conocía si las almas estaban en gracia de Dios ó en estado de pecado. Con frecuencia acontecía que pasando por junto de un negro, se paraba, y golpeándole ligeramente la espalda con la mano :

« Hijo mío, le decía, piensa bien en lo que haces, recuerda que pronto deberás dar cuenta de tus acciones á un juez inexorable. Dios tiene contados tus pecados. El primero que vuelvas á cometer puede ser el último. »

Y continuaba su camino, dejando confundido y atónito al infeliz pecador, que reflexionaba sobre las expresiones de Claver, y al fin se convertía.

Tampoco eran raras las veces en que excitados los descarriados por un vehemente dolor de sus culpas, al ver al Santo, corrían á encontrarlo, se postraban á sus

pies, le pedían la bendición, le suplicaban que los perdonara y prometían vivir cristianamente de entonces en adelante.

Tratándose del bien de sus negros, no descansaba un instante el padre Claver; á todo estaba dispuesto con tal que pudiera encaminar por la senda de la virtud á los que vivían lejos de Dios, ó impedir que se desviaran los que ya pertenecían al rebaño de Jesucristo. Los trabajos que encontraba en la difícil tarea de convertir ó perfeccionar las almas, eran un consuelo para tan abnegado siervo del Señor. Jamás se desanimaba: en las mayores dificultades acostumbraba decir:

« Dios que derramó toda su sangre por la salvación de los hombres, debe tener bastante interés en este grave asunto; pues si fracasa, se pierde un alma. El verá cómo me saca del apricto. Si el resultado no es bueno, tendrá un ángel menos en el Cielo que lo glorifique para siempre. »

Y con la sencillez de un niño ponía el negocio en manos de la divina Providencia, sin dejar de hacer por otra parte cuanto estaba á su alcance para conseguir el noble fin que se había propuesto. No reparaba en penas, no se fijaba en sufrimientos; lo que quería era llevar á cabo la gran obra de santificar almas, por consiguiente el provecho espiritual de sus prójimos era superior á todo, y lo prefería á la propia vida.

En la cuaresma, especialmente, se veía de cuán enormes sacrificios era capaz el celo de san Pedro. Es imposible suponer que sin el auxilio particularísimo de la gracia, pudiera un hombre solo atender á las ocupaciones que nuestro heroico siervo de Dios tenía diariamente en aquel saludable tiempo.

Todos los días, antes de la salida del sol, estaba ya en

el confesonario, en donde permanecía ocho largas horas, interrumpidas apenas por la celebración del santo sacrificio de la misa. Á las dos de la tarde volvía al templo, donde lo estaban aguardando sus pobres negros. Les hacía una corta explicación del Evangelio, que concluía con un acto de contrición, y se sentaba nuevamente en el tribunal de la penitencia. Muy raramente podía salir antes de las seis de la tarde. Aquel trabajo continuado por tantas horas sin descanso, el mal olor que tantos cuerpos desaseados exhalaban, el calor que tanta aglomeración de gente hacía insoportable, las picaduras de los mosquitos que tanto escozor le causaban, y por fin, los cilicios que continuamente mortificaban sus carnes, iban poco á poco agotando las fuerzas del Santo, quien á menudo perdía el conocimiento y caía desfallecido. Entonces los hermanos coadjutores ó sus intérpretes lo llevaban al cuarto y lo colocaban en la cama, para que al volver en sí comprendiera que no debía continuar la dura tarea de las confesiones, sino que le era indispensable un poco de reposo; pero aquello era inútil. Apenas recobraba el infatigable ministro de Dios sus facultades, por más que se le recomendara que cuidase de su salud, bajaba nuevamente á la iglesia y volvía á emprender sus apostólicas labores.

Á las seis de la tarde se reunía todos los días en el patio del colegio una muchedumbre de negros, deseosos de purificar también sus conciencias. El incansable jesuíta suspendía entonces las confesiones de las mujeres para oír las de los hombres. ¡Oh cuántas veces amanecía bajo el rústico tendal que le servía de confesonario! Pero generalmente concluía á la hora en que se cerraba la puerta del colegio, á saber, cerca de las diez ó diez y media de la noche. Entonces consentía en tomar una pequeña refección, que de ordinario consistía en un pedazo de pan y algu-

nas patatas asadas. Tanta era la postración y el cansancio que experimentaba, que no podía andar solo. Dos hermanos se veían obligados á tomarle del brazo, llevarle al refectorio y acompañarle en seguida á su cuarto. No se crea que después de tales trabajos, omitiera el Santo una parte de sus oraciones. Indispensablemente pasaba dos horas en santa unión con su amado Señor. Tampoco se acostaba antes de castigar su inocente cuerpo debilitado ya por las duras fatigas del día. Arrodillábase delante de un gran cristo que tenía al pie de su yacija, y comenzaba á darse disciplinazos, exclamando :

« Oh carne rebelde, ¿por qué pretendes oponerte á la voluntad de tu Creador? ¿Por qué te resistes á someterte á las leyes que Él te ha impuesto? Bien te obligaré á servir á tu Señor; cuanto más grande sea tu oposición á la voluntad divina, mayor será también la severidad con que te trataré!... ¡Obedece! Camina por el buen sendero, si no quieres que te concluya á golpes. »

Solamente después de haber rezado con angelical fervor sus preces y haberse impuesto tan crueles penitencias, tomaba descanso. Y éste también era á menudo interrumpido. Ora tenía que volar á la cabecera de un moribundo, ora quería saciar completamente la sed de sufrimientos de que era devorado, y levantábase para mortificarse nuevamente. Á lo sumo, dormía dos ó tres horas. En efecto, antes de amanecer estaba ya entregado á las mismas tareas del día anterior. ¡Así santificaba Claver toda la cuaresma!

Para atraer á sus negros al tribunal de la penitencia, colocaba al lado del confesonario una mesita con muchas camándulas, estampas y otros objetos sagrados, que distribuía después de las confesiones.

Como hemos dicho, con aquellas gentes tan ignorantes

y obtusas había que emplear un lenguaje material, á fin de hacerles entender las cosas. El método, pues, que el padre había adoptado para instruírlas en los rudimentos de la fe, también le servía para explicarles los sufrimientos de Jesucristo, para prepararlas á recibir los santos sacramentos y excitarlas al arrepentimiento. Se había procurado varias láminas que representaban distintas escenas de la Pasión, y mostrándoles ora la una, ora la otra, les iba enseñando paso por paso la dolorosa historia de la condenación, muerte y sepultura del Redentor. Delante del confesonario ponía un cuadro muy particular.

Deseando que todos se esmeraran en acercarse con las debidas disposiciones á los sacramentos, había mandado pintar un alma condenada al infierno por haber cometido un sacrilegio. Se veía la infeliz rodeada de monstruosos demonios, que la atormentaban con agudas puntas de hierro. El lugar en donde estaba tenía el aspecto de una cárcel horrenda y tenebrosa. Una serpiente gigantesca la estrechaba entre sus espiras. Una columna de vivo fuego salía de aquella maldita boca, que había callado la verdad en el tribunal de la penitencia, y de aquel desgraciado pecho que había profanado el cuerpo sacratísimo de Cristo.

Se horrorizaban los negros al contemplar tan terrible pintura de los réprobos. Mas para que se impresionaran hondamente, cuando les hablaba de la manera de prepararse á los sacramentos, prorrumpía el Santo en este elocuente apóstrofe, señalando el retablo:

« Aquélla será vuestra morada, oh almas pecadoras, si no pensáis en convertiros; la misma suerte os tocará si no tomáis empeño en hacer una santa confesión; si no os interesáis en corresponder á las numerosas gracias que bondadosamente os prodiga el misericordioso Señor vues-

tro, también sufriréis eternamente como la desgraciada que miráis afligida por tantos dolores. »

Daban indicios de horror los pobres esclavos y hacían gestos para asegurar al padre que no se expondrían á semejante peligro.

Si en el resto del año no consentía el santo jesuíta que se profanara el *domingo*, y no omitía esfuerzos para proporcionar á sus amados hijos lo necesario para mantenerse, á fin de que no se vieran forzados á trabajar, durante la cuaresma quería que se santificara muy particularmente. Salía, pues, él mismo con una campanita y pasaba por las principales calles de la ciudad tocando, para dar aviso á sus negros que se reunieran. Corrían éstos detrás del padre, quien los ponía en orden y los llevada procesionalmente á la iglesia entonando cánticos sagrados. Allí les dirigía conmovedoras palabras exhortándolos á la penitencia; en seguida entraba al confesonario, en donde permanecía por el resto del día.

No olvidaba á los ancianos ni á los enfermos. Buscaba cómodas sillas de brazos, escogía entre los jóvenes esclavos á los más robustos y les encargaba que transportaran al templo á todos los inválidos. Allí los confesaba antes que á los otros, los preparaba él mismo á recibir devotamente la santa comunión, los ayudaba á dar gracias, haciéndoles repetir actos de viva fe y encendida caridad; después los llevaba al refectorio del colegio para que se desayunaran. Él mismo quería servir la mesa, pues decía que esos pobres representaban al Redentor y que por consiguiente debían estar rodeados de respeto y veneración. ¡Cuántas atenciones les prodigaba! ¡Con cuánta amabilidad les ofrecía ya un plato de bien sazonados manjares, ya una copa de buen vino! ¡Con qué prontitud corría á la más pequeña señal de alguno de esos míseros, consi-

derados por el mundo como *escombros de la sociedad!* ¡Cuánta alegría revelaba su rostro al aliviar así á los débiles y dar fuerza á los impotentes!

La Pasión de Jesucristo ha sido siempre el objeto privilegiado de la más tierna devoción de los santos. En la meditación de los dolores del Maestro se han formado estos discípulos modelos; en la divina escuela de la Cruz han aprendido á amar y practicar la virtud hasta el heroísmo. La consideración de las penas de Jesús crucificado, les ha infundido valor bastante para soportar toda clase de tormentos y martirios en este valle de lágrimas.

San José de Deonessa, capuchino, viendo que iban á atarlo para que no se moviera durante una operación dolorosísima que el cirujano debía hacerle, tomó su crucifijo en la mano y exclamó: « ¿Para qué ligaduras? ¡He aquí mis lazos! Este Señor clavado por amor mío, con sus dolores me obliga á soportar cualquiera pena por su amor. » Y sufrió el corte de una pierna sin pronunciar una palabra de queja, fijos los ojos en Jesús como manso cordero que enmudece delante del que lo trasquila y no abre la boca[1].

¡Oh cuántos corazones, felices en las llagas del Salvador, se han sentido dominar por un amor tan vivo que no han rehusado sacrificar los bienes y la vida, y han superado con gran ánimo todas las dificultades que en la observancia de la divina ley se les presentaron! Para andar expeditamente en la vía del Cielo, nos da el Apóstol de las gentes este admirable consejo: « Considerad atentamente á aquel que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su persona, para que no os fatiguéis, desfalleciendo en

[1] *El quasi agnus coram tondente se obmutescet et non aperiet os suum.* (Isaías, c. LIII, v. 7.)

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
8
BIBLIOTECA

vuestros ánimos[1]. » También exclamaba san Buenaventura: « Si quieres, ¡oh hombre! adelantar de virtud en virtud, de gracia en gracia, medita todos los días la pasión del Señor[2]. » Por esto Claver al acercarse los días en que la Iglesia recuerda los dolores del Redentor, renovaba su espíritu y lo excitaba al sacrificio, pensando en ellos más detenidamente. Refieren sus biógrafos que durante la noche salía de su cuarto, y con una soga al cuello, una corona de espinas en la cabeza, una cruz en los hombros, los pies descalzos, pasaba por los claustros del convento, repitiendo las amorosas expresiones de Agustín: « Imprime, Señor, tus llagas en mi corazón, para que en ellas encuentre yo dolor y amor; dolor, para sufrir por Ti toda clase de padecimiento, amor para despreciar por Ti toda clase de afectos[3]. »

También á sus negros procuraba infundir gran devoción á la pasión de Cristo. Desde el domingo de pasión hasta la pascua, el asunto de todas sus pláticas eran los oprobios, los escarnios, las amarguras con que el ingrato pueblo israelita había correspondido á las bondades y caricias de su Salvador. Y para representarles más sensiblemente aquellas dolorosas escenas, exponía unos pequeños cuadros, que como siempre, hacían gran efecto en la mente de los esclavos. Antes de confesarlos les recomendaba que se fijaran bien en esos retablos para que convencidos por los inmensos sufrimientos causados á Cristo por sus pecados,

[1] *Recogitate... eum, qui talem sustinuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem; ut ne fatigemini, animis vestris deficientes.* (S. Paul. ad Hæb., c. XII, v. 3.)

[2] *Si vis, homo, de virtute in virtutem, de gratia in gratiam proficere, quotidie mediteris Domini passionem.* (S. Bon.)

[3] *Scribe, Domine, vulnera tua in corde meo, ut in eis legam dolorem et amorem: dolorem ad sufinendum pro te omnem dolorem: amorem ad contemnendum pro te omnem amorem.* (S. Augustin.)

se arrepintieran sinceramente y prometieran llevar una vida santa.

El jueves de la semana mayor ponia sobre una mesa, delante del confesonario, una imagen del Salvador en actitud de lavar los pies á sus apóstoles, y exortaba á todos á aprovechar esa enseñanza de humildad y caridad.

Así las confesiones, las instrucciones y las exhortaciones se sucedían casi sin interrupción. Se ha calculado que durante la cuaresma nuestro incansable héroe confesaba á cinco mil negros.

Empero cuanto más gozaba éste en recoger tan saludables frutos de su trabajo, más se enojaba el demonio y hacía grandes esfuerzos para estorbar las portentosas obras emprendidas por Claver. Intentó el infernal enemigo inducir á los amos á que impidieran á sus esclavos confesarse con el ministro de Dios, so pretexto de que las muchas devociones los hacían inoptos para servir debidamente, y al principio consiguió que se dictaran unas disposiciones muy perjudiciales al bien de aquellos desdichados. Pero poco á poco quedó confundida la ignorancia de tales amos, pues el cambio admirable que la predicación del santo jesuíta producía en los negros, haciéndolos más laboriosos y sumisos, los obligó á reflexionar, y comprendieron al fin que no solamente debían retirar sus órdenes, sino manifestar profundo agradecimiento á Claver por todo lo que trabajaba en su favor. Algunos, queriendo darle pruebas de su satisfacción y contento, le enviaban regalos. El Santo, rehusándolos con afabilidad y dulzura, les decía:

« No, no, amigos míos, no merezco tales dones. Llévenlos á su párroco. Él ha trabajado y trabaja mucho más que yo, merece por consiguiente que le recompensen. »

Después de la pascua iba á confesar también á los

enfermos que por sus graves males no habían podido ser transladados á la iglesia. A nadie dejaba sin cumplir con el precepto. Su celo le comunicaba fuerza para atender á todos, para ocuparse de todos, para consolarlos á todos.

CAPÍTULO XII

San Pedro hace su profesión solemne. — Va en busca de los negros ancianos que estaban sin bautismo. — Es nombrado ministro del colegio, y en seguida maestro de los novicios.

1. *Majorem caritatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Ant. Brev. Rom.)
Nadie tiene mayor caridad que el que ofrece su alma por aquellos á quienes ama.

2. *Filioli mei, non diligamus verbo neque lingua sed opere et veritate. In hoc cognoscimus quoniam ex veritate sumus et in conspectu ejus suadebimus corda nostra.* (Ep. I S. Joan., c. III, v. 18, 19.)
Hijitos míos, no amemos de palabra, sino efectivamente y de verdad. En esto conocemos que somos de la verdad, y así aseguraremos nuestros corazones delante de Dios.

3. *Rem esse magni momenti sibi commissum intelligat, quandoquidem ex prima novitiorum institutione pendet majori ex parte eorumdem profectus, et spes nostræ societatis in Domino.* (Ex reg. Societ. Jes.)
Entienda (el maestro de novicios) que se le ha confiado un negocio de mucha monta, pues de la primera educación de los novicios casi siempre dependen en su mayor parte el perfeccionamiento de ellos mismos y las esperanzas de nuestra Compañía.

Apenas habían transcurrido seis años desde que el padre Claver se había consagrado á la evangelización de los negros, é innumerables conquistas habían obtenido ya su caridad y abnegación. Dios se reservaba sin embargo aumentarlas todavía; sólo esperaba una última prueba de la virtud de su fiel siervo, la más grande que pudiera

dar el heroísmo de un santo; sólo aguardaba que su consagración y celo sacerdotales llevaran el sello eterno é indeleble de un sacrosanto juramento.

Corría el año de 1622, y los superiores llamaron á Pedro para que hiciera su profesión solemne. La profesión de un religioso significa completo abandono de las cosas terrenales. Es el último adiós al mundo, es el acto postrero de perfecto desprendimiento de las criaturas, es la entrega de sí mismo á Dios.

Al principio se amedrentó Claver al recibir aquella orden, pues en su profunda humildad pensaba que no tendría suficiente fuerza para cumplir estrictamente los graves deberes que la profesión le imponía; se juzgaba demasiado indigno del elevado grado de perfección á que la divina Providencia le llamaba. Pero considerando después que de esa manera se uniría más íntimamente con su amado Señor; que más fácil le sería también sepultar para siempre en unas negrerías los admirables talentos y las brillantes cualidades que tantos aplausos le habían merecido en Barcelona, Tarragona, Mallorca, Bogotá y Tunja; que haría una demostración más explícita de amor á Dios, consagrándose sin reserva alguna al servicio de los pobres esclavos despreciados y pisoteados por los hombres, desterró todo temor de su corazón y con sumisión se dispuso á hacer lo que le ordenaban los superiores. Para prepararse lo mejor posible al solemne instante de la profesión, pidió que se le concedieran unos días de retiro. Como es fácil suponer, pasó aquellos días en fervorosa oración y en santo recogimiento, atendiendo exclusivamente á su alma y pidiendo con instancias vivas, virtud y fuerza para ser un religioso modelo.

Es en la soledad, en el retiro, donde comunica el Señor á las almas su luz y su gracia.

Estaba Claver meditando las humillaciones y escarnios del Redentor, cuando se siente repentinamente sobrecogido por tanta vehemencia de afectos, que no puede contenerse. Como impulsado por una fuerza sobrehumana abraza el crucifijo, y en alta voz exclama:

« Señor, ¿por qué estás cubierto de úlceras? ¿Por qué ni una sola parte de tu cuerpo está sin grave herida?... ¡Oh sed de almas!... ¿Cómo, pues, permanecerá más tiempo insensible este corazón? ¿Por qué no me resolveré á sacrificarme por tu amor y por amor de tus almas? Basta, Dios mío, la indiferencia con que he vivido hasta hoy; basta el tiempo que he perdido en ocupaciones inútiles, mientras he podido atender tan oportunamente á la conversión de tantos desdichados que están bajo el peso de una doble esclavitud, material y spiritual. ¡Ah no, en adelante no seré tan ingrato!... Á los negros me dedicaré con ahinco, tu nombre les predicaré continuamente, tu santa doctrina les enseñaré, su siervo me volveré y honrado me estimaré siendo *esclavo de los esclavos*, puesto que tú mismo no has rehusado ser el último de los hombres. »

Al concluir tan ardiente plegaria, sintióse interiormente inundada el alma en goce celestial. Formó la resolución de añadir á los votos de la profesión, el de consagrar su vida á la conversión de los esclavos, y declararse *siervo de los negros*. Dudando sin embargo de sí mismo, desconfiando de su propia constancia y creyendo que aquellas promesas fueran efecto de un momentáneo fervor, quiso consultar á su director espiritual. Manifestóle lo ocurrido, explicóle la interna alegría que había experimentado, abrióle su conciencia, díjole estar dispuesto á obligarse con voto solemne á procurar el bien material y espiritual de los negros, y pidióle su deseada aprobación. El sabio

confesor, que conocía perfectamente al penitente y lo admiraba por sus virtudes, comprendió en el acto que aquélla había sido una divina inspiración mandada á esa privilegiada alma para prepararla á cosas maravillosas. No tuvo por consiguiente dificultad alguna en satisfacer los anhelos del Santo, y acordóle muy gustoso el permiso de añadir un nuevo voto á los tres que generalmente hacen los profesos.

Ya no suspiraba Claver sino por el feliz instante de la conmovedora ceremonia. Llegado el momento de emitir los votos, invocó el auxilio de Jesús y María, rogó á los santos patronos, y en seguida rezó la fórmula prescrita y continuó:

« Deseoso de emplear útilmente los días de vida que aun quieras acordarme, ¡oh Dios mío! te prometo, te juro dedicarme al servicio de los esclavos, no omitiendo nunca esfuerzo para procurarles la curación de sus enfermedades morales y el alivio de sus males físicos.

Escribió las promesas y firmó: *Petrus Claver, æthiopum semper servus*[1].

¡Oh heroísmo insuperable! En adelante Claver no se considerará dueño de sí mismo, sino dependiente en absoluto de sus queridos negros. No vivirá para sí, sino para sus protegidos, no tendrá más pensamiento que el de asistir á los esclavos, no tendrá más corazón que para amarlos, no tendrá tiempo sino para consagrarlo al bien de sus almas y alivio de sus cuerpos. ¡Cuántas veces sentirá los delicados miembros abrumados por el continuo trabajo de prolongados meses! ¡Pero no reposará ni un solo día, no suspenderá ni una sola vez la ímproba labor que se ha impuesto voluntariamente de ir á explicar las máximas evan-

[1] Pedro Claver, siervo de los esclavos para siempre.

gélicas á los negros! Cansado, casi exánime, no le quedarán fuerzas ni siquiera para caminar; mas en su inagotable caridad, al encontrarse con un mísero esclavo enfermo y desamparado, ora por las calles, ora por las plazas de Cartagena, no dejará de encorvar la frente, de presentarle los hombros y de llevarle cargado al próximo hospital ó á la inmediata negrería. Jamás olvidará que es *para siempre* el pastor, el padre, el amigo, el siervo, ¡el *esclavo de los negros!* ¡Oh admirable caridad de un blanco!

Hasta aquí no hemos visto más que el conjunto de los inmensos trabajos de Claver por la salvación de almas tan queridas: veremos ahora detalladamente los prodigiosos excesos de su celo, de su caridad, de su humildad, de todas las virtudes que practicó en grado heroico, durante los cuarenta años de su asombrosa vida apostólica.

A medida que el amor del Santo para con los negros iba creciendo, parecía que la divina Providencia le prodigara más insignes gracias para ayudarlo en el cumplimiento del sublime voto. En efecto, apenas había un pequeño desorden entre los negros, era conocido en el acto por el buen padre, quien le ponía pronto y seguro remedio. Extraordinaria eficacia habían adquirido sus palabras, especialmente cuando iban dirigidas á demostrar la gravedad del pecado; sus exhortaciones impresionaban entonces más hondamente á los oyentes y cosechaban frutos más abundantes. Su mismo cuerpo resistía más largo tempo al trabajo, menos fuertes sentía su espíritu las ataduras de la carne, y su ternura para con los negros aumentaba grandemente. Si encontraba algunos que temieran presentarse á sus amos, porque habían perdido en las ventas ó las compras de las mercancías que se les habían confiado, iba él mismo á pedir gracia para ellos, y si los dueños demasiado apegados al interés se la rehusaban, colec-

taba limosnas para reponer lo que faltaba. Cuando tenía noticia de los maltratos y de la dureza de algunos amos para con los negros, su corazón se sentía transpasado por una aguda espada. Visitaba á los avaros dueños, y si no con las súplicas, con fuertes reprensiones llegaba á amansarlos é inspirarles un tanto de compasión. ¿Oía al pasar delante de una casa los gritos de los que se estaban castigando? Entraba, y con los ruegos hacia suspender los golpes que algunos despiadados amos descargaban sobre sus pobres esclavos.

En fin él mismo se encargaba de conducir nuevamente á sus negrerías á los que habían huído por temor de ser severamente castigados. Él mismo solicitaba el perdón de los dueños, y respondía por sus queridos hijos.

Cuando los negros envejecidos y debilitados por el constante trabajo no podían servir, generalmente eran abandonados por inútiles. Se veían obligados los infelices á buscar asilo en alguna miserable choza de los alrededores de la ciudad, ó bien en las mismas caballerizas de los propios amos.

Muchos de ellos no habían recibido el santo bautismo; pasaban sin embargo por cristianos, porque tenían ciertas prácticas religiosas exteriores, por espíritu de imitación, siguiendo el ejemplo de los demás. Apenas descubrió el santo ministro esta nueva llaga, se apresuró á curarla con el bálsamo de su celo y de su caridad. Visitó todas las chozas y ranchos de los afueras de Cartagena, penetró á los lugares más apartados de cada habitación, no dejó de hacer pesquisas en todas las caballerizas de los ricos. Cuando encontraba alguno de esos pobres ancianos repudiados por el consorcio humano, se le acercaba, le saludaba afectuosamente, le abrazaba con ternura, se le declaraba sincero amigo, y le decía:

« No temas, yo soy hermano tuyo, vengo á hacerte un gran regalo. »

Después le hablaba de Dios, le explicaba los puntos principales de la Doctrina y lo preparaba para el bautismo. Confundidos los abandonados negros por tanta amabilidad, oían con interés las palabras del padre y concluían por solicitar la gracia de ser regenerados con las aguas bautismales. Después que ya había satisfecho sus deseos, les decía:

« Ya tenéis mi regalo, procurad conservarlo con mucho empeño; os he dado la estola cándida de la inocencia, no la manchéis jamás. Con ella entraréis á la eterna gloria que Dios ha prometido á sus fieles siervos; pero si al presentaros ante el Divino Juez os hallareis sin ella, seréis condenados para siempre á sufrir con los demonios. »

La mayor parte morían poco después de recibido el bautismo. Parece que el Cielo los mantuviera vivos simplemente para proporcionar al santo apóstol el consuelo de haber salvado esas almas. Los pocos que sobrevivían eran objeto de las más grandes solicitudes del caritativo jesuíta. Iba éste á verlos con frecuencia y les decía:

« Mirad, queridos míos, que la casa es vieja y se está desarmando; puede caerse cuando menos lo penséis. Confesaos, aprovechad la buena oportunidad que el Señor os ofrece. »

Los consejos del padre eran leyes para aquellos ancianos. A menudo recibían los santos sacramentos, é iban adelantando admirablemente en la virtud. Así se preparaban á una preciosa y santa muerte.

Si se consideran las numerosas ocupaciones que fuera de la casa absorbían casi todo el tiempo del padre Claver, se creería que estaba dispensado de la asistencia á los comunes ejercicios de piedad impuestos por la regla. Pero no.

El santo apóstol daba el ejemplo de la más perfecta observancia á los cofrades. Siempre era puntual en asistir á los actos de la comunidad, siempre era el primero en cumplir escrupulosamente con todas las prescripciones de los superiores. Traducía á la práctica aquel dicho: *Serva regulam, et regula servabit te* (observa la regla, y ésta te salvará).

Viendo, pues, el rector del colegio la exactitud del padre Claver en el cumplimiento de sus deberes, le confirió el cargo de ministro. No es tan fácil desempeñar satisfactoriamente semejante empleo. Se requieren gran tino, caridad suma, actividad extraordinaria. Se resistió al principio el buen padre, considerándose inepto para ocupar el honorífico puesto. Hizo observar al superior que era el menos aparente para vigilar la conducta de los otros, á quienes juzgaba mucho más perfectos que él, y le manifestó que ese nombramiento comprometería el orden y la disciplina, elementos indispensables para la buena marcha de un establecimiento. Pero no valieron razones, no se admitieron súplicas, y Claver tuvo que obedecer.

Fué entonces cuando supo conciliar admirablemente sus virtudes con el propio deber. El santo jesuíta sentía la necesidad de estar sujeto, de humillarse, de servir á sus hermanos. Estaba acostumbrado á considerar á éstos mucho más que á sí mismo, sobre todo se creía obligado á no causarles nunca la más ligera molestia ó pena. A todos los amaba con el tierno afecto de un padre. Si se hubiera encontrado en la precisión de reprender á alguno, su corazón hubiera sufrido en demasía, su caridad se hubiera resentido amargamente, su humildad lo hubiera llevado inmediatamente á los pies de aquel á quien hubiera hecho la más pequeña observación. Pero supo hallar la manera de satisfacer á su corazón y á su conciencia, sin menos-

cabo del propio deber, en la nueva posición que la obediencia y el respeto á sus superiores le habían inducido á aceptar.

Aunque sea generalmente el deseo de la perfección el que mueve á ciertas almas privilegiadas á abandonar el mundo para entrar en religión, sin embargo no se observa en todos la misma fuerza, la misma energía en soportar las privaciones y durezas de la vida penitente. Algunos, ya por la debilidad de la propia constitución, ya por las enfermedades sufridas, no pueden acomodarse enteramente al régimen estricto de comunidad, y padecen mucho por la falta de ciertas pequeñas comodidades. Para éstos, bien estarían dispuestos los superiores á prescindir de la regla, á hacer algunas excepciones, pero ¿cómo rehusar después otras concesiones á los que también pidan, sin tener las mismas necesidades? Y ¿cómo retirar oportunamente los acordados permisos, siendo tan difícil averiguar cuándo cesan ó las causas por las cuales se concedieron?

Fácilmente se introduce en una comunidad costumbre poco conforme á la severa disciplina que en ésta debe reinar, pero ¡cuánto cuesta extirparla! Para evitar por un lado que se solicitaran inútiles dispensas, y que por otro sufrieran los débiles, Claver tenía mucho cuidado en disponer las cosas de modo que á nadie faltara nada de lo necesario, y aun procuraba que más bien hubiera abundancia para todos.

La vigilancia y atención se extendían á lo más mínimo que en el colegio se hacía. No consentía en que se descuidaran los inferiores. Con la tradicional bondad y amabilidad que lo distinguía, animaba á los hermanos coadjutores para que cumplieran exactamente con sus obligaciones. Éstos, por el respeto que le tenían y por el deseo de corresponder lo mejor posible á las buenas maneras

del padre, se esmeraban mucho en atender con diligencia á sus quehaceres. Acontecía sin embargo que á veces, ya por estar s brecargados de ocupaciones, ya por hallarse algo indispuestos, no alcanzaban á todo. Entonces el Santo, para evitar demoras é inexactitudes que siempre son perjudiciales al buen régimen de un establecimiento, los ayudaba repartiendo mejor el trabajo y reservándose una parte para sí. Él mismo barría, limpiaba, arreglaba, cocinaba, asistía á los enfermos, reemplazaba al sacristán, hacía las veces de portero; en todo estaba, á todos prestaba auxilio, á todos gustosamente servía. Sin duda los momentos en que más gozaba el abnegado padre, eran los que pasaba ocupado en tales servicios, pues la viles ocupaciones eran las más gratas para su humildad profunda.

Por cierto que si alguna vez deseaba continuar ejerciendo el cargo de ministro, era simplemente por tener la libertad de escoger el último puesto entre los mismos sirvientes, y para satisfacer su más grande anhelo de practicar el sabio consejo del gran Tomás Kempis: « Prefiere siempre lo menos á lo más, busca el último lugar, desea estar sujeto á todos [1]. »

Sus amorosas solicitudes se multiplicaban para con los hermanos coadjutores cuando éstos caían enfermos. Se volvía su médico, su criado, su asistente, su incansable enfermero. Les llevaba los remedios, se los preparaba con mucho esmero para que no les fueran tan repugnantes. Cuando se resistían á tomarlos, insistía tanto que al fin los inducía á obedecer. Les exhortaba á la paciencia, y cuando alguno se quejaba porque los males le impedían

[1] *Elige semper minus quam plus habere. Quære semper inferiorem locum et omnibus subesse.* (Kemp., lib. III, c. XXIII.)

desempeñar sus funciones en la casa, les recomendaba que no se afanasen, pues ya había quien lo reemplazara. ¡Y el que los reemplazaba á todos era el mismo santo! Los oficios á que los demás no podían atender por enfermad, los tomaba á su cargo.

Era la fiesta de San Ignacio. Entraba Claver á la iglesia, cuando el hermano sacristán, sobrecogido por un subitáneo ataque, cae desfallecido. En el acto el santo apóstol lo toma sobre sus hombros, lo lleva á la enfermería, lo acuesta y corre á buscar á otro hermano. Sugiere á éste los remedios que deben aplicarse al enfermo, se lo recomienda encarecidamente, vuela al templo, y durante todo el día hace las veces de sacristán.

Frecuentísimas eran las ocasiones en que prestaba tales servicios por los otros; sin embargo, no descuidaba sus tareas apostólicas.

Cartagena era en el siglo diez y siete lo que han sido en nuestro siglo *California* y *Australia*. Como emporio de las inmensas riquezas que de las Américas sacaba España, como centro en donde se reunía todo el oro que los representantes del gobierno ibérico enviaban á la patria, atraía á los hijos de todas las naciones. El oro tiene un mágico poder sobre la imaginación de las masas, quienes corren allá donde lo ven *brillar*. Á esta ciudad, pues, innumerables comerciantes ó industriales, ávidos de lucro, acudían de las más remotas regiones del mundo. Como siempre acontece, algunos favorecidos por la fortuna, en breve espacio ganaban considerables sumas, y ricos volvían á sus países para pasar alegremente el resto de la vida. Pero otros, visitados por una serie de calamidades y perseguidos por adverso destino, perdían lo poco que traían y se veían reducidos á la extrema miseria. Muchos, después de innumerables peripecias, desengañados por com-

pleto, se persuadían al fin de que no era en la tierra donde debían buscar la felicidad, se convencían de que éste no es sino un miserable valle de lágrimas en donde es preciso padecer y sufrir, y penetrados de la verdad de la famosa sentencia del Eclesiastes: « Vanidad de vanidades y todo vanidad [1] », elevaban su pensamiento al Cielo. Entonces comprendían que allá solamente encontrarían bienes más grandes que los prometidos por el mundo, riquezas más seguras que las perecederas del siglo, y resolvían entregarse al servicio de Dios.

En muchas ocasiones, lejos de ser las adversidades un perjuicio, son un positivo beneficio. El Señor visita á los hombres con desgracias para atraérselos. Cuando los halaga, cuando los acaricia satisfaciendo en todo sus deseos, más fácilmente le voltean éstos las espaldas y le olvidan, como lo asegura san Agustín [2]. Los contratiempos son los que nos hacen recordar al Supremo Hacedor de las cosas, y nos mantienen en la debida sumisión á sus divinas leyes. Mientras estuvieron tranquilas las aguas del lago de Genazareth, los discípulos que acompañaban á Cristo en la barca no hicieron gran caso de Él; pero cuando se oscureció súbitamente el cielo y se desencadenaron impetuosos vientos, cuando retumbaron horribles truenos y se conmovieron furiosamente las olas, cuando el peligro de naufragar se hizo inminente, en el acto ocurrieron todos á Cristo, y despertándole con gritos comenzaron á decirle: « Señor, sálvanos, pues estamos pereciendo [3]. » Es menester que de cuando en cuando nos sacuda Dios con un buen golpe aquella indiferencia que tanto perjudica á las

[1] *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* (Eccl., c. I, v. 2.)

[2] *Si cesserit Deus et non misceret amaritudines felicitatibus saeculi, oblivisceremur eum.* (S. Aug., in Ps. LXIII.)

[3] *Domine, salva nos, perimus.* (S. Math., c. VIII, v. 25.)

almas, y que nos haga sentir su mano fuerte para que no nos quedemos eternamente en la negligencia de nuestros deberes. Es también ésta una prueba de amor que Él nos da. Bien decía el profeta Jeremías, que el Señor no deja de beneficiarnos, infundiéndonos temor para que no nos apartemos de Él [1].

En los tiempos de Claver se cumplían á menudo en Cartagena las palabras de Oseas : « En el día de la tribulación ocurrirán presto á mí [2]. »

Á la puerta del colegio dirigido por los reverendos padres jesuitas, se presentaban muchas de esas almas que en la desgracia se habían convencido de la nada del mundo. Pero en Cartagena no había noviciado; los aspirantes tenían que transladarse á Tunja para pasar su período de prueba. Demasiado distante estaba Tunja, y las comunicaciones eran entonces sumamente difíciles. También abundaban las vocaciones en el interior del reino de Nueva Granada, por consiguiente aquel noviciado no era suficiente. Entre tanto las peticiones al superior de Cartagena aumentaban más y más; se hacía indispensable la fundación de un noviciado en esta ciudad. Después de varias consultas hechas por los superiores locales, después de muchos informes enviados al prepósito general, se aprobó al fin la idea de establecer aquí una nueva casa para novicios, y en breve se llevó á cabo.

¿Á quién se escogerá para primer maestro de los novicios? Para este cargo se requiere un religioso de ejemplarísima conducta, pues debe ser un modelo de perfección que puedan los aspirantes imitar. Lo que más influye sobre el corazón humano es el ejemplo práctico. Fácil es

[1] *Non desinam eis benefacere et timorem meum dabo in corde eorum ut non recedant a me.* (Jer., c. XXXII, v. 40.)

[2] *In tribulatione sua mane consurgent ad me.* (Os., c. VI, v. 1.)

dar buenos consejos, sugerir santos pensamientos, pronunciar bonitos discursos, pero ningunos son los efectos que se obtienen si la vida del maestro no está de acuerdo con lo que enseña. Fácil es hablar, difícil obrar. Y el hombre necesita ante todo del ejemplo de las obras. El Divino Salvador, que conocía tan profundamente la humanidad, y sabía cómo debía instruirla, comenzó por *hacer* y después se puso á *enseñar* [1]. Y á los apóstoles les decía: « Os he dado el ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo que yo he hecho [2]. »

En una comunidad, especialmente los jóvenes, hacen lo que ven hacer á otros. Era, pues, de suma importancia escoger un maestro que predicara con su comportamiento, con su conducta, con sus acciones. Uno excelente estaba á la disposición de los superiores del colegio. Éstos lo conocían y lo nombraron. *Pedro Claver* fué el maestro de novicios.

Creyéndose el más imperfecto de todos sus hermanos, no podía explicarse el motivo por el cual los superiores hubieran confiado á sus cuidados los jóvenes deseosos de santificarse en la Compañía. Alegróse sin embargo de la elección, pensando que el desempeño del nuevo oficio sería provechoso también para su alma, porque la obligación que tenía de iniciar á los otros en la pefección, le ofrecía la oportunidad de adelantar él mismo en la práctica de la virtud.

Desde los primeros días que estuvo ejerciendo sus funciones, vióse claramente cuán acertado había sido el nombramiento del nuevo maestro de novicios. El celoso padre se había propuesto formar unos santos. Empezó por ins-

[1] *Cœpit facere et docere.* (Act. Apost., c. I, v. 1)

[2] *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.* (Joan., v. XIII, v. 15.)

pirar á los discípulos un espíritu de gran recogimiento. Decíales á cada instante :

« Un religioso disipado que no trata de custodiar bien sus sentidos, de mortificar su curiosidad, de enfrenar sus ojos, se traiciona á sí mismo, pierde presto la santa vocación que Dios le ha dado y miserablemente perece. ¡Recogimiento pues, os recomiendo, hermanos míos carísimos, recogimiento!... ¡recogimiento!... »

En sus pláticas también insistía mucho sobre la necesidad de desprender el corazón de las cosas del mundo :

« Si queréis, decía, que nuestra alma more en Jesús, á quien os habéis consagrado, libertadla de las ataduras de profanos afectos, despreciad el fango de los bienes terrenales, y entonces podréis elevaros fácilmente hasta su celestial mansión, entonces podréis entreteneros en santos coloquios con vuestro amado, y experimentar en esta vida una parte de los goces reservados á los bienaventurados en la eternidad. »

Pero su primer cuidado fué inspirarles gran amor á la oración, profunda humildad y obediencia á los superiores. Y para hacerles comprender bien la importancia de tales virtudes, solía hacer curiosas comparaciones :

« Nuestra alma, enseñaba el santo maestro, es un terreno, que cultivado debidamente, produce opimos frutos, pero descuidado, no engendra más que espinas. Así como sin la lluvia enviada por el cielo sobre los campos, no nacen ni crecen los árboles, así tampoco las virtudes pueden tomar incremento en nuestro espíritu sin la oración que atraiga de lo alto abundante gracia para fecundizarlo. Igualmente, así como la raíz da fuerza y alimento á las olorosas y delicadas flores, así la humildad desarrolla y conserva las virtudes más preciosas. Faltando la humildad, falta el principio de la vida cristiana.

« Se esterilizan y mueren las plantas al suspenderse la circulación de la savia. También es inminente la muerte espiritual para el religioso que no ama la obediencia. Es ésta la virtud que sostiene al buen novicio, quien va relajándose poco á poco, si no la practica con esmero é interés. »

Estimulábalos, además, á dominarse y á vencerse en todo, hasta el punto de estar siempre dispuestos á hacer cuanto se les ordenara. Los animaba á aprovechar el tiempo del noviciado para fortificarse en la virtud, repitiéndoles continuamente las palabras de san Buenaventura : « La costumbre que primero se adquiere, difícilmente se pierde ; quien descuida al principio la disciplina, no se somete después á ella [1]. »

Las enseñanzas del santo varón daban brillante resultado, pues siempre iban acompañadas por el ejemplo. No se conformaba con indicar lo que debía hacerse, sino comenzaba él mismo á ponerlo en práctica. Por eso aseguraban los novicios que el padre Claver nunca les exigía lo que él no hubiera ejecutado antes con la mayor perfección.

Indulgente el buen maestro de novicios, aguardaba con paciencia que sus discípulos avanzaran bastante en la virtud, antes de someterlos á las pruebas. Mientras los veía débiles é indecisos, los trataba con suma ternura, con extremada compasión. Revelábase entonces la ilimitada bondad de su dulce corazón, toda la benevolencia de su grande espíritu, toda la amabilidad de su noble alma. Pero cuando los juzgaba ya suficientemente fuertes

[1] *Formam quam primo quis excipit, vix deponit : et qui disciplinam in nova conversationis initio negligit, ad eam postmodum difficile applicatur.* (S. Bon.)

y fervorosos para poder soportar el peso de la prueba, no dejaba pasar ocasión alguna para humillarlos.

Á veces los llevaba al hospital de San Sebastián, cubiertos con pobres vestidos de tela, haciéndolos pasar por en medio de la ciudad con escobas en la mano. Les asignaba las salas que debían barrer, y cuando concluían ese primer oficio, los obligaba á arreglar las camas, á administrar los remedios y los alimentos y á prestar á los enfermos los servicios más viles y repugnantes. Empero para animarlos, él mismo abrazaba antes á los más asquerosos refugiados en el hospicio, y á cada uno le estampaba un beso en la frente.

Otras veces reunía á los novicios, y en su presencia llenaba una gran cesta de víveres, tomaba una larga vara, la introducía en las asas, la colocaba en su hombro de un lado, y ordenaba á alguno de ellos que hiciera lo mismo del otro; y con aquella pesada carga se dirigía al hospital, atravesando las más frecuentadas calles y plazas de la ciudad. Los otros novicios iban detrás para ayudar al compañero, que presto se cansaba y había que relevarlo. Los más jóvenes y robustos, á los pocos instantes de estar llevando la enorme cesta, no podían resistir y pedían auxilio. Pero el padre Claver iba desde el colegio hasta el hospital sin descansar, y caminaba con tanta prontitud y con aire tan sereno, que parecía que llevaba un peso sumamente liviano.

Á menudo les daba un hábito de mendigo y los enviaba á pedir limosna, ya por la calle á los transeuntes, ya por las tiendas y almacenes á los comerciantes. Cuando volvían, los reunía á todos en la puerta del colegio y les hacía distribuir los alimentos á los pobres que de todas partes de la ciudad acudían á la casa de los jesuítas. Para acostumbrarlos á vencer toda clase de repugnancia, los

obligaba á comer no solamente con esos infelices, sino también en el *mismo plato*. Mas siempre él era el primero en ejecutar lo que pedía de sus novicios; ¡siempre iba adelante con el ejemplo!

Con semejantes pruebas, los novicios tenían que adquirir una sólida y acrisolada virtud. Sin embargo, una prueba mucho más dura y terrible les tenía reservada Claver. En efecto, de cuando en cuando los conducía á las negrerías. ¡Allá, en esos almacenes de carne humana, que ya nosotros conocemos, les exigía actos heroicos de caridad! Ora mandábales que cubrieran con sus manteos los asientos de los esclavos, para que éstos estuvieran más cómodos durante las instrucciones religiosas; ora los obligaba á cubrir con ellos las úlceras de los enfermos, ó les imponía la humillación de lavar la ropa de aquella gente tan sucia.

Tales medios de santificación tan hábilmente empleados, dieron al noviciado de Cartagena gran fama. En breve, los discípulos del padre Claver se volvieron maestros en la ciencia de los santos, causando admiración á todos los religiosos que pasaban por Cartagena. Al ver éstos la exacta observancia y el profundo espíritu de humildad que dominaba en la casa, exclamaban: « Nunca hemos visto en un noviciado tanto fervor y tanto amor á la perfección. »

La reputación adquirida con tantos actos de virtud también servía para atraer á muchos aspirantes que proporcionaban grandes consuelos al Santo.

Dos jóvenes hermanos, vizcaínos, distinguidos por sus talentos y por la nobleza de su sangre, se determinaron á renunciar á todas las ventajas que el mundo ofrecía á su posición, para entrar en la Compañía de Jesús como coadjutores. Los amigos y parientes no omitieron esfuerzos

para disuadir á los ardientes mancebos de esa resolución. Pero todo fué inútil. Los hermanos permanecieron firmes en su propósito, y fieles al llamamiento de Dios correspondieron debidamente á la vocación santa á que se sentían inclinados. Con el auxilio celestial superaron los crueles ataques del demonio y la oposición de la familia, y bajo la dirección de san Pedro pasaron su año de prueba con ejemplar fervor. El Señor quiso recompensarlos pronto por sus admirables virtudes.

Apenas hacía dos meses que habían concluído su noviciado, cuando fueron visitados entrambos por una persistente enfermedad, y el mismo día pasaron de la tierra al Cielo, para gozar allá eternamente de la compañía de Jesús. Su muerte fué edificantísima, como había sido también la vida desde su entrada al noviciado. Fueron sentidos vivamente, pues con su fallecimiento se frustraron las grandes esperanzas que en ellos habían fincado los superiores y los cofrades. Pero el santo maestro se sintió vivamente consolado por la certidumbre de que sus discípulos estaban en la patria celestial.

Á semejante consuelo, añadióse también otro.

Un oficial español, muy recomendable por sus servicios y por su valor, admirado de la santidad del padre Claver, solicitó y obtuvo el honor de su dirección espiritual. Lo primero que el Santo le propuso fué un retiro de unos días, siguiendo el método de san Ignacio de Loyola. Completa fué la transformación del bizarro militar. Al salir de los espirituales ejercicios hizo una confesión general, y manifestó el más vivo deseo de ser recibido en la casa, aunque fuera como sirviente.

El buen maestro de novicios lo experimentó primero por algún tiempo, á fin de asegurarse de la voluntad de Dios; y habiendo reconocido que aquella vocación venía

indudablemente del Cielo, manifestólo á los superiores. Éstos consintieron en la admisión del joven militar y dieron infinitas gracias al Cielo más tarde, cuando tuvieron ocasión de descubrir todas sus virtudes. Fué uno de los más santos miembros de la Compañía de Jesús, en la que murió lleno de méritos, adquiridos por el exacto cumplimiento de los preceptos del padre Claver, su primer maestro en la vida espiritual.

El ardiente celo del maestro de novicios lo excitaba á hacer los más grandes sacrificios á fin de dar buen ejemplo á los discípulos. Á veces se excedía en las mortificaciones y en los trabajos, y su salud sufría grandemente. Temerosos entonces los superiores de que pudiera correr algún peligro la preciosa existencia del Santo, resolvieron quitarle el cargo que le habían dado, aunque lo hicieran con pena, pues estaban convencidos de que nadie sabía iniciar á los jóvenes en el camino de la perfección como Pedro Claver.

Quedó, pues, libre en parte de las ocupaciones internas de la casa. Entonces se entregó en alma y cuerpo á las tareas apostólicas de que estaba algo apartado hacía algún tiempo, y lo hizo con el ardor y la asiduidad primitiva. Á ninguna clase menesterosa de la humanidad dejó carecer de consuelo, alivio y asistencia. Pobres, esclavos, encarcelados, enfermos, libertinos, heréticos, mahometanos, idólatras, todos fueron objeto de sus constantes y amorosos cuidados. Su entrañable caridad lo abrazaba todo, y para todo alcanzaba.